

XAVIER DE AGUIRRE

Miren cómo se aman

*Los primeros cien años
de las comunidades cristianas*



De Aguirre, Javier Andrés

Miren cómo se aman : los primeros cien años de las comunidades cristianas /
Javier Aguirre. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : PPC Cono Sur, 2016.
258 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-740-185-1

1. Religión . I. Título.

CDD 230

Ilustración de tapa: Fresco de las catacumbas de los santos Marcelino y San Pedro,
de Roma, a principios del siglo cuarto, que muestra la hemorroísa siendo sanada al
tocar la ropa de Cristo (Mc 5,25-34).

Título: Miren cómo se aman - Los primeros cien años de las comunidades cristianas

Autor: Javier Andrés De Aguirre

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-987-740-185-1

© 2016, Javier Andrés De Aguirre

© 2016, PPC Argentina S.A.

Reservados todos los derechos

PPC Cono Sur

Av. Callao 410, 2º piso

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires | República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

ventas@ppc-editorial.com.ar

Esta tirada de 500 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de septiembre de
2016 en Docuprint S.A. - Ruta Panamericana, Ramal Escobar km 37,5; Centro Indus-
trial Garín - Provincia de Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento
informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya
sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el per-
miso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

“Teniendo fija la mirada en Jesús,
autor y perfeccionador de la fe”
(Hb 12,2)

“Cristo les dejó un ejemplo,
para que sigan sus huellas”
(1 Pe 2,21)

INTRODUCCIÓN

JESÚS, LA SENCILLEZ DE LOS EVANGELIOS

Estamos muy complicados. Nuestras vidas se han embarullado mucho en un mundo tecnológico que nos prometía simplificar la existencia y en su lugar hemos encontrado dependencia masiva de aparatos que cada vez duran menos y, cuestan más, piden nuevas habilidades, requieren lentes para los que pasamos los cincuenta y cuando aprendemos a usar una nueva *app*, salieron cinco más que nos señalan que nunca estaremos ya en la cresta de la ola. Personalmente admiro el nivel tecnológico que todos los usuarios tenemos al alcance de la mano con el *smartphone*, la tracción inteligente de la camioneta, el ascensor que te habla mientras ves el paisaje, pues es todo de vidrio, el avión que, aun pesando toneladas, vuela como un pájaro ultraliviano, el mundo interconectado al instante por satélites, internet y GPS. Es maravilloso ciertamente, pero no se ha simplificado nuestra vida. Por momentos pareciera que la complican cuando se interrumpen las vacaciones familiares por una “preguntita de la oficina”, o vas al médico para consultarle por una manchita en la piel y te pide cuatro estudios en nuevos aparatos que zumban, te giran, te hacen pedalear, te entuban y cámaras que te muestran las tripas pero desde adentro. Si no hacés un chequeo anual con fondo de ojo, colonoscopia, ergometría, análisis de orina y de sangre con PSA incluido, electrocardiograma, Holter de presión, visita al dentista y blanqueo de dientes, piscodiagnóstico, estudio del sueño, consejos nutricionales, y hasta un parapsicólogo que te mire el iris, no has cumplido con lo mandado para una persona de mediana edad que quiera ser responsable y estar sana.

Estoy exagerando, pero el fondo es cierto: el mundo actual ha complicado y acelerado nuestras vidas. Tenemos niveles de estrés totalmente enfermantes. Los ambientes laborales están llenos de personas tóxicas, y muchos de los que ejercen alguna autoridad la usan para canalizar sus miedos, angustias, tensiones, traumas infantiles o directamente serias patologías sociales enmascaradas en trajes de eficacia y eficiencia. Nuestra alimentación no siempre es medianamente saludable y el aire que se respira en las grandes ciudades no alcanza niveles mínimos aceptables de algo parecido al oxígeno. Incluso en los gimnasios, en lugar de hacer actividades placenteras, aunque tengan algún nivel de exigencia

física, vemos energúmenos levantado dos veces su peso, corriendo hasta deshidratarse y mujeres que quieren alcanzar pesos y medidas que ni una muñeca Barbie puede tener.

Llegás a tu casa después de haber sido durante horas taxista de tus hijos, que hacen Inglés, Gimnasia deportiva, Danza *jazz*, cestería china y clases de apoyo, para subsanar las horas que se duermen en el aula al llegar agotados de tantas cosas. Querés mirar algo en alguna de las siete pantallas led con diversos adminículos que hay en el hogar, pero tenés que programar el cable pues te ofrece tres partidos de fútbol que te gustaría ver, al mismo tiempo que juegan los pumas, los jaguares, las leonas, los murciélagos y todo el zoológico deportivo argentino, sin nombrar a los gladiadores del hándbol o las morsas del club de barrio de cuando éramos pibes, que también lo pasan si lo pedís y pagás extra. Mirás Directv y tenés que elegir entre cuatro paquetes distintos que van desde quinientos siete a mil doscientos ocho canales, sean comunes, HD, HD plus, tridimensionales o 4G interactivos. Pero Netflix te ofrece otra serie nueva de quince capítulos por ocho temporadas que no te podés perder, mientras que vos estás tratando de seguir a los de *Lost* —que en realidad ya los encontraron—, cuando recién vas por el segundo capítulo de la tercera temporada y querés recordar el nombre de alguno de los protagonistas que aparecen y desaparecen sin cesar. Hasta la recreación y el tiempo libre son complicados y estresantes.

Pero cualquier actividad social que quieras realizar es agotadora. Imaginemos lo que cuesta casarse, desde el vestido, las invitaciones, el salón, elegir los vinos, los *souvenirs*, los centro de mesa, la distribución de las personas sentadas en torno a ellos, la mesa dulce, la entrada salada, la torta principal, los *appetizer* o *fingerfood*, como se los llama ahora a los antiguos saladitos y canapés, y la comida propiamente dicha, hasta el *disc-jockey*, el carnaval carioca y los millones de pesos tirados en cotillón. Pero lo mismo pasa con la fiesta de quince de la nena, los dieciocho del nene, el bautismo, la primera comunión, su primer pelotero, su último pelotón, los aniversarios y ahora, hasta el divorcio. Todo es complejo y requiere meses y a veces años de preparación, que te hacen perder más años de vida. Organizar un viaje puede llevarte al loquero y preparar la salida de vacaciones puede ser peor que el día de regreso de las mismas cuando hay recambio turístico, paro de los cajeros de los peajes, corte de ruta nacional por reclamo de ocho personas que piden al intendente por la pintura de los juegos de la plaza de uno de los barrios de una de las ciudades por donde pasa medianamente cerca la autopista, mientras te azota una tormenta de viento y nieve en pleno enero generada por la corriente del niño que este año está agresiva como nunca y, al llegar a casa, te das cuenta de que en la parada que hiciste en la estación de servicio donde los baños estaban atestados de papeles y olor repugnante, la cola para cargar combustible era interminable y hacía dos horas te habían aumentado de nuevo el litro a pesar de que el crudo a nivel mundial seguía bajando y lo regalaban por barriles en cada esquina, te manotearon la billetera y todos tus documentos, las llaves y hasta la foto del nieto.

Pasando a nuestro tema, se reproduce eso mismo en la vida eclesial de los que creemos que Jesucristo es nuestro salvador. Querés empezar a leer la Biblia y tenés que elegir entre 46 libros del Antiguo Testamento (AT a partir de ahora) y 27 libros que contiene el Nuevo Testamento (NT a partir de ahora), siempre que seas católico, pues los números difieren en el AT con los judíos y en el NT con los ortodoxos o los protestantes. Querés conocer las leyes de la Iglesia y tenés que intentar entender 1752 artículos del Derecho Canónico y 2865 del Catecismo de la Iglesia Católica. Como soy religioso marianista voy a mi *Regla de Vida* que tiene la friolera de 248 artículos, pero a eso debo sumarle aquellos del directorio regional, los del *Reglamento para Uso y Administración de los Bienes* que no sé ni cuántos son, los proyectos de formación, de pastoral y de misión común. Ni les cuento si trabajo en un colegio marianista: debo conocer al menos tres o cuatro reglamentos generales más y si estoy en una parroquia debo conocer el Proyecto Pastoral Diocesano, y los documentos de cada uno de los equipos en ese nivel, el Proyecto Pastoral Parroquial y las líneas interanuales de las periódicas asambleas parroquiales. Los papas no se han cansado de sacar documentos, y un Juan Pablo II (o quien se los escribiera cuando ya era un anciano), por ejemplo, sacó una encíclica o exhortación apostólica anual en sus 26 años de pontificado, y todos eran bien “gorditos”. Los documentos del Concilio Vaticano II (son muchísimos), los de la Iglesia latinoamericana de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida, los de la Conferencia Episcopal Argentina, etc. Como si todo esto fuera poco, ¡algunos curas locos escriben también sus libros!

Pero toda esta pintura “grotesca”, apunta a introducir una convicción que me ha ido surgiendo con el paso de los años animando comunidades y acompañando personas: hemos hecho muy compleja nuestra vida cristiana y estamos perdidos, distraídos o enmarañados por tantas cosas que no vemos ya cuáles son verdaderamente importantes y cuáles son las esenciales. Además, hace unos años me volví a encontrar con Jesús, pero esta vez el de Nazaret, el de la Historia, que caminó hace dos mil años por Galilea y Judea. Ahí caí en la cuenta que nuestra fe estaba llamada a ser “sencilla” y que nosotros la complicamos. Después, casi guiado por el profeta galileo, me animé a mirar a los primeros cristianos y descubrí que ninguno lo seguía a Jesús solo, sino siempre en comunidades. ¿Y saben qué? La vida de esas comunidades también era “sencilla” y “esencial”.

Aquí estoy, escribiéndoles a ustedes sobre la búsqueda de estos últimos veinte años mirando sobre todo a Jesús, su entorno, sus palabras, sus gestos, sus acciones, sus convicciones, sus relaciones humanas, su sintonía con la naturaleza, sus movimientos. Estudié duro a partir de mi formación en Historia y en Teología, leyendo muchos libros y, además, pude viajar para conocer algo del mundo y de la catolicidad de la Iglesia. Disfruté un poquito de lo que nos dejaron aquellos primeros cristianos y aprendí a descubrir cómo lo traducen hoy los cristianos de las distintas culturas. Pero lo más importante fue lo que crecí caminando con otros, con la Familia Marianista de Argentina y, sobre todo, con

las comunidades eclesiales y marianas de la parroquia Cristo Resucitado de la diócesis del Alto Valle del Río Negro.

Sin embargo, no he podido encontrar una palabra más expresiva que “sencillez” para transmitirles lo que les quiero compartir. “Sencillez” implica una cosa, situación, persona o grupo que tiene pocos adornos y no anda ostentando nada. Sencillo, entonces, es el que no distrae con cosas externas ni artificiales sino que permite e invita a ir hacia el interior. Sencillo va unido también con el que se muestra como es, no engaña ni tapa. Es una persona llana y honesta con lo que expone de sí mismo a los demás. Regula su intimidad, la comparte, no la oculta pero tampoco la desparrama impudicamente.

Otro aspecto complementario es el que asocia sencillez con austeridad, modestia y sobriedad. Pone el acento en la relación con los bienes, con la naturaleza y especialmente, con las cosas que la sociedad considera valiosas o “caras”. Es una opción por un estilo de vida con pocas de esas cosas, resolviendo los desafíos por caminos humanos. Lo sencillo es compañero de lo simple, en el sentido de no complicar agregando dobleces ni sobreañadiendo cosas innecesarias. Sencillo es lo opuesto a complicado, a lo oscuro, a lo “abultado” y a lo rebuscado. Sencillo es el que va a lo esencial de las situaciones, cosas y personas. Sabe llegar y compartir el núcleo. Acepta que hay un misterio en lo otro y en el otro, y que para aproximarse hay que hacerlo descalzo, desde la humildad y nunca desde el poder, la violencia y la superioridad. El sencillo sabe ser “par y hermano” del otro, al mismo nivel, incluso abordando al otro desde abajo pero sin posturas piadosas ni alambicadas.

En un mundo tan complejo, rebuscado, estresante y muchas veces, engañoso o superficial, la sencillez aparece como una manera nueva y auténtica de relacionarse, especialmente, con los demás. El sencillo no tiene en cuenta las diferencias sociales inventadas normalmente para dominar y humillar. No usa ni títulos, ni símbolos de poder, ni ropajes ostentosos, ni maneras exageradas. No mira desde arriba ni ofrece su mano para que se la besen. Muy por el contrario, ofrece su mano para acompañar, sostener y levantar al caído o sufriente. El sencillo vive al día, no amontona ni anda todo el tiempo calculando beneficios. El sencillo no se enrosca en comentarios venenosos o en insinuaciones insidiosas. El sencillo cree en la palabra del otro, establece una relación con la mirada, expone su corporeidad en forma franca, no alardea ni inventa falsas humildades. El sencillo dice las cosas como son, pero preferentemente calla pues, normalmente el silencio habla más que las palabras. El sencillo abre su corazón apasionado, analiza con su mente amplia y abraza con todo su ser bien integrado. Jesús de Nazaret era “el sencillo”.

Pero los grupos sencillos traducen sus convicciones e ideales en un manejo de normas de convivencia, y normalmente, estas van quedando archivadas. No se complican con leyes, cánones y disposiciones. Apelan a lo esencial de la relación y al fuego primordial del grupo o comunidad. No complican las cosas y saben que normalmente las situaciones se resuelven más con una sonrisa y

con paciencia que con grandes discursos, correcciones fraternas o interminables reuniones llenas de moralinas y buenos deseos. Los horarios son los mínimos indispensables, los procedimientos son lo más simples posibles y los espacios de la vida cotidiana son los más cuidados por todos.

La sencillez era rasgo diferenciador de las primeras comunidades cristianas:

“Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y **sencillez** de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo. Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse” (Hch 2,46-47).

“El que tiene el don de exhortación, que exhorte. El que comparte sus bienes, que dé con **sencillez**. El que preside la comunidad, que lo haga con solicitud. El que practica la misericordia, que lo haga con alegría” (Rm 12,8).

“El que se tenga por sabio y prudente, demuestre con su buena conducta que sus actos tienen la **sencillez** propia de la sabiduría” (Sant 3,13).

Jesús sigue siendo el ideal, el prototipo del hombre feliz, de la creatura de Dios que vive en la clave del reino, el único modelo acabado del amor cristiano, y único mandamiento encarnado: “ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 15,12). Jesús fue el sencillo por antonomasia. Pero de sus primeras comunidades podemos también aprender cómo encarnar esa sencillez en nuestra vida y nuestra Iglesia hoy. Esa es la aventura que les invito a vivir con entusiasmo y en base a datos serios de la historia y la Teología Bíblica. En una obra anterior, *Tan hombre que es Dios*, hemos intentado conocer mejor a Jesús de Nazaret, el verdadero, el real, el de hace dos mil años. Ahora los invito a seguir ese viaje recorriendo las comunidades de las tres primeras generaciones cristianas o, traducido en criollo, de los primeros cien años de la Iglesia, que dieron como su fruto más precioso, el nacimiento del NT con los cuatro evangelios.

Estimados lectores, para sumergirnos de inmediato en el relato histórico teológico de las primeras generaciones de cristianos, les recuerdo que tendrán que ponerse un doble lente para poder disfrutar del viaje en toda su profundidad. Aunque el objetivo del libro busca un fruto espiritual personal y comunitario, el viaje será estrictamente teológico e histórico. En cada capítulo encontrarán información suficiente del contexto histórico para poder abordar las fuentes de las que disponemos para conocer la vida de los cristianos de cada una de esas generaciones. El primero parte de la muerte de Jesús de Nazaret y en él encontrarán información un poco más detallada de cómo era la vida de un judío en aquellos tiempos dentro del contexto del Imperio romano dominante. Obviamente,

haber leído el libro anterior sobre Jesús enriquecerá la lectura de esta obra. Sin embargo, no es indispensable haberlo hecho y en su momento encontrarán un resumen de todo lo que se puede saber en la actualidad sobre la historia del profeta nazareno. A pie de página hallarán la explicación sencilla de algunos términos técnicos e históricos que pudieran dificultar la comprensión del texto. Para profundizar algún tema podrán recurrir a la bibliografía actualizada que se encuentra al final de la obra.

La estación terminal de esta aventura será volver a plantearnos, no desde un sueño, sino desde lo que nos enseñan nuestras comunidades primitivas, cómo podemos reavivar ese don para vivir el evangelio a fondo. ¿Cómo hicieron aquellas comunidades para derrotar al Imperio romano y qué podemos hacer hoy nosotros para derrotar al imperio del individualismo, la velocidad extrema, el sálvese quien pueda, el de los miles de millones de excluidos, el de la tiranía del mercado y del consumismo, etc.? ¿Podremos volver a una Iglesia que sea Comunidad de comunidades? ¿Podremos aprovechar el aire nuevo que nos ha dado la presencia del papa Francisco para generar un estilo de vida más sencillo y de Jesús? Los últimos apartados del quinto capítulo intentan hacer ese aterrizaje teológico espiritual, generando un diálogo entre las primeras comunidades y las enseñanzas de Francisco en sus más de tres años de pontificado en nuestro contexto eclesial y mundial.

PARTE I

JESÚS, EL VIVIENTE

1. En torno a una cruz

Año 30 d. C., viernes 7 de abril, tres de la tarde o *nona*, como se la llamaba en aquella época, ciudad de Jerusalén, una cruz y un muerto, acusado por la dirigencia religiosa y política judía, asesinado por el brazo armado del Imperio romano: Jesús de Nazaret, el profeta y maestro galileo. Pero no podían perder tiempo las autoridades, pues caía el sol y comenzaba el nuevo día, el 15 de nisán según el calendario en uso, el más santo del año: la pascua judía caía ese sábado (cfr. Jn 19,14.31)¹. Había que descolgar el cadáver cuanto antes para no empañar tal solemnidad, sobre todo recordando las duras palabras del libro del Deuteronomio, parte de la sagrada Torá (= Ley): “Si un hombre, culpable de un crimen que merece la pena de muerte, es ejecutado y colgado de un árbol, su cadáver no quedará en el árbol durante la noche, sino que lo enterrarás ese mismo día, porque el que está colgado de un árbol es una maldición de Dios. Y tú no mancharás el suelo que el Señor, tu Dios, te da como herencia” (Dt 21,22-23). Un escrito tardío de mitad del siglo II d. C., el llamado “Evangelio de Pedro”, de autor y lugar desconocidos, consigna la urgencia de darle sepultura al cadáver antes del sábado, que además, era la Pascua en ese año:

“Pilato envió un recado a Herodes para pedirle el cuerpo del Señor. Herodes respondió: «Hermano Pilato, aun cuando nadie lo hubiera solicitado, nosotros le hubiéramos dado sepultura, ya que el sábado es inminente. Y está escrito en la Ley: ‘que el sol no se ponga sobre

¹ Hoy hay acuerdo bastante generalizado sobre la cronología que proponemos. Para los curiosos interesados en ver cómo se llega a esa fecha. Cfr. MEIER, J. (1), pp. 413-416; o PIKAZA, X. (2), p. 482. Pero es bueno aclarar una vez más, que en la ciencia histórica nada es cien por ciento seguro y lo máximo que hacemos es acercarnos con seriedad a lo que pudo ocurrir de acuerdo a las fuentes que disponemos.

un ejecutado'». Y se lo entregó al pueblo el día anterior al de los Ácidos, que era su fiesta” (EP 4-5)².

Rápidamente se buscó una solución descolgando el cadáver del nazareno. No fue su familia ni fueron sus seguidores quienes se hicieron cargo de aquel trabajo, sino al parecer algún miembro encumbrado del poder judío de la época, tal vez el mencionado José de Arimatea (cfr. Mc 15,43) que por su posición económico social bien podía tener reservada una tumba sin usar. Sobre los detalles del entierro ya no es tan fácil discernir cuáles son históricos y cuáles son expresión de la teología de cada uno de los evangelistas, aunque todos coinciden en que fue puesto en una tumba nueva, tal vez para salir del paso por el escaso tiempo disponible desde su muerte hasta la caída del sol, que implicaba el comienzo del nuevo día. Tocar un cadáver después hubiera significado quedar fuera de toda la celebración pascual a causa de la impureza ritual: “Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús –pero secretamente, por temor a los judíos– pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se la concedió, y él fue a retirarlo. Fue también Nicodemo, el mismo que anteriormente había ido a verlo de noche, y trajo una mezcla de mirra y áloe, que pesaba unos treinta kilos. Tomaron entonces el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas, agregándole la mezcla de perfumes, según la costumbre de sepultar que tienen los judíos. En el lugar donde lo crucificaron había una huerta y en ella, una tumba nueva, en la que todavía nadie había sido sepultado. Como era para los judíos el día de la Preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús” (Jn 19,38-42).

La costumbre enterratoria judía en la época no adhería ni a la cremación ni a la utilización de ánforas para poner las cenizas, como hacían otros pueblos del Imperio. Se limpiaba cuidadosamente el cadáver, se lo ungía con aceites perfumados y delicadamente se lo cubría con lienzos sin llegar a amortajarlo al estilo momia egipcia embalsamada. Solo se le ataba la mandíbula para que quedara cerrada con un pequeño sudario hecho un rollito haciendo un nudito por arriba de la cabeza. A lo sumo se le sujetaban los cuatro miembros para poder transportarlo más cómodamente. Aunque el cadáver era trasladado el mismo día de la muerte, era costumbre acercarse a la tumba varias veces hasta tres días después para llorar, rezar y seguir acomodando la mortaja con nuevas capas de ungüentos y perfumes, como aparece muy bien documentado en los evangelios: “Pasado el sábado, María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé compraron perfumes para ungir el cuerpo de Jesús. A la madrugada del primer día de la semana, cuando salía el sol, fueron al sepulcro. Y decían entre ellas:

² El *Evangelio de Pedro* es uno de los apócrifos más antiguos, escrito en griego, datado en torno al año 130 d. C., tal vez de la zona de Siria, de autor desconocido. En el capítulo IV explicaremos mejor el surgimiento de los apócrifos, su sentido y su clasificación.

«¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?» (Mc 16,1-4). Pero todo este procedimiento implicaba tiempo, recursos y una familia detrás que se hiciera cargo de todo el funeral.

Algunos piensan que no hay que descartar demasiado rápidamente la posibilidad de que el cadáver de Jesús haya sido tirado a una fosa común, como se hacía no pocas veces con los ejecutados o los muertos de hambre y abandono en medio de las calles de la gran ciudad. Esta hipótesis explicaría mejor por qué jamás fue descubierto el cadáver del galileo. Sin embargo, a la cuádruple tradición evangélica hay que sumarle los datos arqueológicos del llamado “santo sepulcro”. Cuando el emperador Adriano tomó definitivamente la ciudad de Jerusalén al reprimir a sangre y fuego el último levantamiento judío en el año 135 d. C., hizo construir temples dedicados a las divinidades romanas en los lugares sagrados de los “judíos y sus sectas”, entre las que destacaba sin duda, el cristianismo naciente. Así lo contaba un historiador cristiano dos siglos después:

“En esta cueva sagrada, sucedió entonces que algunas personas impías y ateas, habían pensado retirarla por completo de la vista de los hombres. Suponían dentro de su locura que así podrían ser capaces de obscurecer la verdad de manera efectiva. Con ese fin trajeron una cantidad de desechos desde lejos y con mucho esfuerzo recubrieron totalmente el lugar; luego, habiendo llevado esto a una altura moderada, lo pavimentaron con piedras, escondiendo la cueva sagrada bajo el masivo montón. Después, como si su intento se hubiera llevado exitosamente a cabo, prepararon sobre esta base, un verdadero y truculento sepulcro de almas, mediante la construcción de un tenebroso altar de ídolos sin vida para el espíritu impuro al cual llaman Venus y ofreciendo allí detestables oblações en esos profanos y malditos altares. Porque ellos suponían que su objeto no podía ser de otra forma totalmente alcanzado, más que enterrando así la cueva sagrada bajo esas nocivas contaminaciones”³.

En pleno siglo IV, el “convertido” emperador Constantino, hizo destruir algunos de esos temples romanos en los lugares santos de los cristianos, y la palma se la llevaron el santo sepulcro y el monte Calvario, “pegados” uno al otro, y emplazados fuera de la ciudadela de Herodes. Los testimonios directos de la época explican cómo se procedió a demoler la construcción del siglo II (la de “Adriano”) hasta llegar a la “piedra original” donde se descubrió una cueva usada de enterratorio del siglo I. Dicho sitio goza de un cuidado ininterrumpido hasta nuestros días. A nivel arqueológico no hay una palabra definitiva, aunque sí podemos afirmar que cada tanto aparece algún artículo o noticia sobre la aparición de los

³ EUSEBIO DE CESAREA: *De vita Costantini*, (337 – 340 d. C.), III, XXVI.

restos de Jesús, y todo ha sido pura fantasía hasta la actualidad. A nivel de piedad y devoción, millones de cristianos han pasado emocionados por esa caverna pétrea (de la estructura original queda solo el lugar donde estuvo depositado el cadáver, una especie de cama tallada en la misma piedra), hoy “enfundada” en un gran templo “construido por los emperadores” a partir del siglo IV de la era común.

“Apenas la superficie original del piso, que estaba debajo de la tierra apareció, inmediata y contrariamente a todas las expectativas, el venerable y respetado monumento a la resurrección de Nuestro Señor fue descubierto. Entonces realmente esta santísima cueva presentó una fiel similitud con su regreso a la vida, en que después de haber yacido enterrado en la obscuridad, de nuevo emergió hacia la luz. [...] El emperador envió emisarios que mostraban un verdadero espíritu piadoso y al mismo tiempo otorgó amplias sumas de dinero y ordenó que una casa de oración, merecedora de la adoración de Dios, debía erigirse cerca de la tumba del Salvador mostrando toda su riqueza y real grandeza”⁴.

Entonces, de acuerdo a la información que tenemos proveniente de los evangelios, de la arqueología y de fuentes romano-eclesiales, podemos afirmar que el cadáver de Jesús fue puesto en un sepulcro, que luego quedó “vacío” y ese dato no fue refutado. A lo sumo, Mateo trae una posible versión que pudo haber circulado en algún momento: que el cadáver de Jesús fue robado por la noche por sus seguidores (cfr. Mt 27,62-66; 28,11-15), pero a la cual no se hace referencia en ninguna fuente histórica medianamente cercana y confiable. Sin embargo, aunque el dato del sepulcro vacío aparece fuertemente atestiguado en los evangelios, nunca formó parte de las afirmaciones de fe y tampoco se generó ningún tipo de veneración del lugar, oraciones o procesiones, en los primeros cien años. Para la Iglesia primitiva el tema del sepulcro siempre fue secundario y casi anecdótico, aunque nunca se lo puso en duda tampoco. Buen ejemplo de ello es la teología de san Pablo, que explícitamente habla del enterramiento en un sepulcro pero no hace ninguna referencia a la situación final de su cadáver, quitándole toda importancia a la resolución fáctica del tema (cfr. 1 Cor 15,1-8).

Este es el final a nivel histórico del llamado Jesús de Nazaret, que irrumpió en la sociedad judía en torno al año 28 d. C., apareciendo primero como un seguidor de otro personaje tanto o más llamativo que él para la época: el profeta llamado “Juan el Bautista”. Un famoso historiador judeo-romano del mismo siglo I, Flavio Josefo, así describe al profeta galileo:

⁴ EUSEBIO DE CESAREA: *De vita Costantini*, (337 – 340 d. C.), III, XXVIII-XXIX.

“Por este tiempo apareció Jesús, un hombre sabio [si es que es correcto llamarlo hombre, ya que fue un hacedor de milagros impactantes, un maestro para los hombres que reciben la verdad con gozo], y atrajo hacia Él a muchos judíos [y a muchos gentiles además. Era el Cristo]. Y cuando Pilato, frente a la denuncia de aquellos que son los principales entre nosotros, lo había condenado a la cruz, aquellos que lo habían amado primero no le abandonaron [ya que se les apareció vivo nuevamente al tercer día, habiendo predicho esto y otras tantas maravillas sobre Él los santos profetas]. La tribu de los cristianos, llamados así por Él, no ha cesado de crecer hasta este día”⁵.

Al parecer, los hechos se precipitaron en unos pocos días, aunque no descartamos del todo que la narración de lo sucedido en una semana (= nuestra “Semana Santa”) sea una “compactación literaria” de algún “juglar cristiano” con fines catequísticos o litúrgicos⁶: el profeta galileo, bastante popular ya para ese tiempo, se acercó a Jerusalén, seguramente como otras tantas veces, pero tuvo una gran repercusión su entrada simbólica en un burrito y su presencia desconcertante en el Templo. Hay indicios que hizo algún signo o gesto en la galería perimetral del Templo, en el llamado “pórtico occidental”. En los evangelios sinópticos aparece como el detonante del conflicto final entre Jesús y las autoridades judías nucleadas en torno al poder del Templo: “[...] Jesús entró en el Templo y comenzó a echar a los que vendían y compraban en él. Derribó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas, y prohibió que transportaran cargas por el Templo. «¿Acaso no está escrito: mi Casa será llamada Casa de oración para todas las naciones? Pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones». Cuando se enteraron los sumos sacerdotes y los escribas, buscaban la forma de matarlo, porque le tenían miedo, ya que todo el pueblo estaba maravillado de su enseñanza” (Mc 11,15-18; cfr. // Mt 21,12-13; Lc 19,45-46).

Para comprender mejor la situación, además de la vida pública de Jesús y su predicación en los dos últimos años antes de su ejecución, que lo habían

⁵ FLAVIO JOSEFO (37 d. C. – 94 d. C.): *Antigüedades Judías*, XVIII, III, 3, [entre corchetes las palabras discutidas que podrían ser una interpolación posterior de algún autor cristiano]. Este escritor judío, Flavio Josefo, es fundamental para conocer muchos datos de la época, ya que fue protagonista directo en muchos de ellos, y luego fue protegido por los emperadores romanos que le pidieron poner por escrito todos sus conocimientos.

⁶ PIÑERO, A. y GÓMEZ SEGURA, E. (4), sugieren que históricamente el proceso pudo haber sido mucho más largo (incluso hasta algunos meses), y que un compositor cristiano genial, seguramente perteneciente a alguna comunidad de Jerusalén, redujo los hechos a una semana para facilitar su transmisión catequética y su anuncio litúrgico. Fue esa historia matriz la que el evangelista Marcos recibió y sobre la que escribió lo que hoy celebramos como Semana Santa. Tal vez el evangelio de Juan también haya conocido esa historia original y de ahí las similitudes con los sinópticos, pero también se explicarían las grandes diferencias con ellos. Cfr. también BROWN, R. (2), pp. 144-145.

llevado a enfrentarse al poder económico y político de la cúpula religiosa judía, es importante comprender cómo funcionaba el templo de Jerusalén y qué papel desempeñaba en la vida nacional en todas sus dimensiones. Obviamente no se trataba simplemente de un enfrentamiento por palomitas, corderos, rituales, sacrificios o unas pocas monedas. Detrás estuvo el enfrentamiento entre lo que Jesús predicaba con sus palabras y su vida, el “reino de Dios” por un lado, y el misterio del mal o de la iniquidad enquistado en estructuras socioeconómicas injustas y opresivas, por otro, más dolorosas aún en su caso, pues estaban revestidas de ropajes religiosos.

2. En torno al Templo

El Templo de Jerusalén había sido construido por segunda vez al regreso del pueblo judío de su exilio en Babilonia a finales del siglo VI a. C. Él mismo atravesó por distintas etapas y vicisitudes, pero sin duda el momento más traumático había sido en la época de los Macabeos (siglo II a. C.), cuando Antíoco IV rey Seléucida de Siria (175-164 a. C.) lo había usado como “gimnasio helenista”, despreciando totalmente las costumbres religiosas del pueblo elegido⁷. Después de una guerra de liberación nacional, el partido de los macabeos se hizo con el poder, retomó la conducción de Templo e inauguró una nueva dinastía en el sacerdocio, dejando de lado a la tradicional familia de Sadoc y quedándose para su familia asmonea esta prerrogativa. Impuso además la fiesta de la dedicación del Templo⁸ para reforzar el sentimiento religioso nacional. Pero fue el rey Herodes el Grande (37-4 a. C.), un “mediojudío” aliado de los romanos, quien llevó el edificio a su máximo esplendor, dedicándole grandes sumas de dinero y más de 40 años de trabajo: “Los judíos le dijeron: «Han sido necesarios cuarenta y seis años para [re]construir este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?». Pero él se refería al templo de su cuerpo” (Jn 2,20-12)⁹. Hoy, veinte siglos después, solo contamos

⁷ En general, los autores hablan del “Judaísmo del segundo Templo” para referirse a la sociedad judía después del retorno del exilio de Babilonia. Pero más específicamente, se hace referencia al “segundo templo” para los trescientos años entre las guerras macabeas contra Antíoco IV de los años 170 a. C. hasta la destrucción total del Templo y de Jerusalén a manos de los romanos a finales del siglo I d. C. Esa sociedad tuvo rasgos propios destacados y es la que vio Jesús al nacer.

⁸ La fiesta de la Dedicación del Templo o “*Hannukkah*” (de las luces) el 25 del mes de *quisleu* (segunda quincena de diciembre) se había popularizado con el triunfo de los Macabeos sobre Antíoco IV (primera mitad del siglo II a. C.), cuando mandaron hacer nuevo el altar y todos los instrumentos de culto contaminados por las prácticas paganas, quemando incienso y encendiendo los candelabros.

⁹ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (2), pp. 120-133: nos guía en una visita imaginaria por aquel templo de la época de Jesús con una descripción deliciosa y muy viva.

con el “muro de los lamentos”, una de las paredes externas que quedó semide-ruida luego de las guerras judías contra los romanos.

Es por ese tiempo que ha transcurrido, que nos hemos acostumbrado a tratar con un pueblo judío que se reúne en las sinagogas pero no hace referencia al Templo y a sus sacrificios. Sin embargo, en aquella época era el centro de la vida religiosa, cultural, social, política y económica de todo Israel, fueran de los judíos que vivían en Judea y su zona de influencia, fueran de los que habitaban alguna de las cientos de colonias diseminadas en la diáspora (= dispersión), destacándose las de las grandes urbes como Roma, Alejandría, Antioquía, Atenas, etc. En una religión tan evolucionada y cuidadosa de la trascendencia divina (= Dios no forma parte de este mundo), el templo y su “corazón” llamado “Santo de los Santos”, habitación a la que solo ingresaba una vez al año el Sumo Sacerdote sin acompañantes, era el único signo visible y concreto de esa presencia divina intocable.

Afortunadamente contamos con buena información histórica sobre cómo era aquel templo en los años que Jesús lo visitó: Flavio Josefo trae una pormenorizada descripción en su obra *Las guerras Judías*, Filón de Alejandría también acerca información, y uno de los 64 tratados de la *Misná*¹⁰ está dedicado al templo y los sacrificios. También la arqueología ha estudiado desde finales del siglo XIX en excavaciones el antiguo Templo, mostrándonos que lo que hoy es la explanada de las mezquitas en pleno Jerusalén, zona de muchísima devoción para los musulmanes, formaba parte del aquel maravilloso edificio que ocupaba nada más y nada menos que una superficie de 15 hectáreas. Para que nos hagamos una mejor idea de las dimensiones, ¡el Templo ocuparía la misma superficie que 20 canchas de fútbol profesional para partidos internacionales!

¹⁰ La *Misná* es una recopilación de normas, ritos y creencias del pueblo judío a lo largo de muchas generaciones que, aunque no pertenece propiamente a la *Torá*, que llamamos el Pentateuco, es decir, los cinco primeros libros de la Biblia, es muy respetada y venerada por el pueblo judío. Su compilación se debe en gran parte al extraordinario trabajo realizado por los rabinos después de la destrucción del Templo de Jerusalén en el siglo II. A muchas de esas regulaciones, recomendaciones y mandamientos se refiere el NT cuando se habla de las prácticas de los fariseos y que al parecer Jesús llegó a criticar durante su ministerio público por considerarlas de origen humano: “Entonces, unos fariseos y escribas de Jerusalén se acercaron a Jesús y le dijeron: «¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de nuestros antepasados y no se lavan las manos antes de comer?». Él les respondió: «¿Y por qué ustedes, por seguir su tradición, no cumplen el mandamiento de Dios? En efecto, Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre y el que maldice a su padre o a su madre, será condenado a muerte. Pero ustedes afirman: El que diga a su padre o a su madre: ‘He ofrecido al Templo los bienes que tenía para ayudarte’, está libre de los deberes hacia ellos. Así ustedes, en nombre de su tradición, han anulado la Palabra de Dios. ¡Hipócritas! Bien profetizó de ustedes Isaías, cuando dijo: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí’»” (Mt 15,1-8). De todos modos, hoy se tiende a pensar que esa virulencia es más propia de las primeras comunidades que estaban en conflicto con la sinagoga judía dirigida por los herederos de los fariseos, que del mismo Jesús que se mostró más indiferente que crítico a todas esas reglamentaciones religiosas tan sobreabundantes.

Una construcción así permitía distribuir bien la actividad habitual centrada en las ofrendas de todos los piadosos. Sin embargo, recordemos que la religiosidad judía tenía una dimensión ritual muy importante, partiendo de una serie de oraciones personales recitadas en distintos momentos del día. Luego había rituales familiares diarios o semanales, entre los que se destacaban los realizados el día sábado, dedicado a la piedad en su totalidad. En ese día se acostumbraba a participar de una celebración en la sinagoga local donde se escuchaba algún pasaje del Antiguo Testamento, normalmente en hebreo, y su correspondiente explicación en la lengua del lugar, normalmente el arameo en la zona Palestina o el griego en el resto del Imperio: “Entraron en Cafarnaún, y cuando llegó el sábado, Jesús fue a la sinagoga y comenzó a enseñar” (Mc 1,21); “Jesús volvió a Galilea con el poder del Espíritu y su fama se extendió en toda la región. Enseñaba en sus sinagogas y todos lo alababan. Jesús fue a Nazaret, donde se había criado; el sábado entró como de costumbre en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura” (Lc 4,14-16). Al llegar a casa, se acostumbraba a compartir el *qiddush*, una cena ceremonial muy sencilla centrada en el vino y el compartir el pan recitando algunas oraciones más. Pero a lo largo del año había una serie de fiestas que animaban la vida religiosa del pueblo judío en su conjunto. Algunas de ellas centradas en el Templo que estamos “visitando”.

Ya comentamos la fiesta de la Dedicación del Templo o *Hannukkah* (de las luces): “Se celebraba entonces en Jerusalén la fiesta de la Dedicación. Era invierno, y Jesús se paseaba por el Templo, en el Pórtico de Salomón” (Jn 10,22-23). Tres fiestas implicaban una peregrinación al templo de Jerusalén:

a) Fiesta de los Tabernáculos, llamada también de las “tiendas”, de las “chozas”, de la “recolección” o de *sukkot* (en referencia a unas enramadas que hacían los cosechadores en medio del campo); fiesta de otoño (septiembre-noviembre), donde se almacenaba lo cosechado, se hacía la harina, se pisaba la uva para el vino, se molía la oliva para extraer aceite, etc. Era una fiesta muy popular y se la resignificó recordando los cuarenta años en el desierto, ya que se suponía que habían vivido en tiendas: “Se acercaba la fiesta judía de las Chozas. [...] El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús, poniéndose de pie, exclamó: «El que tenga sed, venga a mí; y beba el que cree en mí». Como dice la Escritura: de su seno brotarán manantiales de agua viva” (Jn 7,2.37-38).

b) Fiesta de Pentecostés (50 días en griego), conocida también como fiesta de las “semanas”, de la “siega”, o de las “primicias”. Era una fiesta de origen agrícola, pues coincidía con el final de la cosecha (meses de mayo y junio), pero se la resignificó como un recordatorio de las penurias pasadas en Egipto. Su tono predominante era la acción de gracias por los dones recibidos y se motivaba la solidaridad. No es mencionada en los evangelios, pero sí en otros libros del NT: “Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar” (Hch 2,1); “Pablo había decidido pasar de largo por Éfeso, para no retrasarse demasiado en Asia. Estaba apurado porque, de ser posible, quería estar en Jerusalén el día de Pentecostés” (Hch 20,16).

c) Fiesta de Pascua, o “*Pesaj*”, era la más solemne, pues hacía referencia a una antigua fiesta pastoril (por eso el cordero), luego enriquecida con elementos agrícolas (las hierbas amargas, el pan sin levadura, etc.) que había sido resignificada como memoria viva de la liberación de Egipto en la época de Moisés. Era una fiesta mixta, en el sentido que se realizaba en familia, pero previamente se hacía el sacrificio del cordero en el Templo antes del atardecer, donde se ofrecía la sangre y se quemaban las grasas del animal. Se celebraba en torno a marzo y abril (como hoy), marcada por la luna, que tenía un ritual propio con el relato del Éxodo hecho por el padre de familia¹¹, la comida con varias copas de vino, panes ázimos (sin levadura), hierbas amargas, una mermelada de dátiles y, por supuesto, el cordero sin defecto ni mancha. Se rezaban los salmos 113 al 118 y se contestaba con el “amén” a las bendiciones. Toda familia judía piadosa deseaba realizar al menos una vez al año la peregrinación al Templo, preferentemente para esta fiesta. También Jesús cumplía cada año con la peregrinación durante esa fiesta, aunque no sabemos de su adhesión personal a dicha práctica religiosa tan cruenta, pues técnicamente, no se lo ve celebrando el ritual pascual en ningún momento: “Se acercaba la Pascua de los judíos. Jesús subió a Jerusalén” (Jn 2,13); “Mientras estaba en Jerusalén, durante la fiesta de Pascua” (Jn 2,23); “Como se acercaba la Pascua de los judíos, mucha gente de la región había subido a Jerusalén para purificarse. Buscaban a Jesús y se decían unos a otros en el Templo: «¿Qué les parece, vendrá a la fiesta o no?»” (Jn 11,55-56).

Hago un llamado, estimado lector o lectora, a que puedas imaginarte el desbarajuste que debía ser aquello: miles de personas comprando palomas para sacrificar o, aquellos un poco más pudientes, un corderito y en casos contados un ternero o un buey. Eso implicaba una casa de cambio instalada a todo trapo, pues la gente acudía con monedas de todo el Imperio, pero estas no podían usarse en el Templo pues tenían figuras humanas o de animales, y eso estaba prohibido terminantemente para la religiosidad del pueblo elegido. Primero, entonces, cambiar dinero con los cambistas. ¿Quién tenía el monopolio de la banca? Obviamente la familia del Sumo Sacerdote y algunas familias de “banqueros amigos”. El cambio ya dejaba ganancia y hacía circular una moneda que de sobrar, había que volver a cambiarla o gastarla en la misma Jerusalén pues era una moneda local y/o regional de nula circulación en el resto del Imperio. Luego comprar el animalito sin defecto ni mancha, como pedía el libro del Levítico. ¿Quiénes ejercían el control fitosanitario? El clan sacerdotal y sus familias. ¿Quiénes tenían el monopolio de los puestos de venta? Ellos mismos. Incluso conocemos el nombre

¹¹ A esa narración se la llamaba *Hagada del Seder*, la realizaba el padre de familia y era central en la cena de pascua de los judíos. Algunos especialistas actuales en Biblia y Arqueología sugieren que el primer relato de la Semana Santa y la pasión de Jesús (antes de escribirse los evangelios), creado por algún poeta o autor cristiano de Jerusalén con la información que allí pudo reunir, tenía la forma de una *hagada* y era recitada en algunas asambleas dominicales cristianas importantes, seguramente en la de Pascua y en otras fiestas destacadas.

del concesionario de este rubro en el año de la muerte de Jesús: el “jefe del templo” que manejaba las finanzas y controlaba el culto, era un tal Jonatán, casualmente miembro directo de la familia Ben Hanín, hijo del exsumo sacerdote Anás y futuro Sumo Sacerdote por cincuenta días en el año 37 d. C. Al parecer toda su familia vivía del rentable negocio de la venta de animales “puros” aptos para los sacrificios. Luego se pasaba al sacrificio propiamente dicho, la carnicería más brutal, sangre corriendo por todos lados, humo de las entrañas que se quemaban, cueros por acá, plumas por allá, plegarias, cánticos, fumarolas malolientes, grasa hirviendo. ¡Todo un espectáculo para nuestros gustos actuales!

Pero obviamente todo esto implicaba una infraestructura, una cantidad de empleados y unas fuerzas de seguridad que mantuvieran el orden. Todo eso lo hacía el “equipo” del Templo, desde el Sumo Sacerdote, los sacerdotes de los sacrificios, los incensarios (no tanto para ser muy “litúrgicos” como han creído durante siglos algunos “puristas”, sino por un tema de salubridad y por el insoportable olor generado por la grasa, los restos de vísceras, la bosta de los animales, el humo, la sangre pudriéndose y ¡miles de personas que venían caminando por el desierto durante días, todas amontonadas!), los que ordenaban las ofrendas, los bendecidores, los que limpiaban, los guardias, etc. Gran parte de la población estable de Jerusalén vivía o del Templo o del “turismo religioso” pues había que alimentar y alojar a más de cien mil peregrinos de golpe. Para ubicar a los lectores, se calcula que Jerusalén podía tener como población estable entre cincuenta y cien mil habitantes: ¡la pascua en aquellos años duplicaba ese número!

Volviendo entonces nuestra mirada al Templo, más allá de lo arquitectónico y de los aspectos religiosos, podemos imaginar el poder concentrado que desde allí se ejercía. Allí se reunía el tribunal supremo de los judíos llamado “Sanedrín”, conformado por el Sumo Sacerdote que lo presidía, miembros de la familia sacerdotal, miembros del patriciado jerosolimitano, familias con gran poder económico, algunos expertos en la Ley, llamados genéricamente “escribas” que al parecer tenían también en algunos casos funciones judiciales, etc. Ese “Senado” o “Sanedrín” estaba manejado claramente por el partido de la casta sacerdotal llamado de los “saduceos”. No era, obviamente ni muy popular ni muy numeroso, pero tenía la “sartén por el mango” en todos los temas importantes de la vida nacional e, incluso, de lo referido a los judíos de la diáspora. A modo de ejemplo, se había llegado a un acuerdo con el emperador por el cual, este le daba ciertas libertades religiosas y sociales a los judíos (respetar el sábado) a cambio de una oración y ofrenda perpetuas por sus intenciones personales y gubernamentales. En concreto, cada día se inmolaban en sacrificio cruento y ritual dos bueyes a Yahveh en favor del emperador, jefe del Estado y de las tropas que los tenían bajo su dominio: ¡toda una contradicción religioso-política!

En la otra vereda, el partido opositor era el llamado grupo de los “fariseos”, formado en su mayoría por gente de la clase media, bien instruidos en la Ley y las Sagradas Escrituras, escrupulosos en el cumplimiento de los rituales

religiosos no centrados en el Templo: las purificaciones y abluciones personales y de objetos; los rezos a las distintas horas; la participación sabática en las celebraciones sinagogaes, en su mayoría animadas y dirigidas por ellos mismos, etc. Era mucho más numeroso y muchos de ellos gozaban del respeto del pueblo que los veía éticamente comprometidos con la fe de sus padres. Tenían poco poder y representación en el Sanedrín y prácticamente nula en la vida del Templo y sus sacrificios. A diferencia de los saduceos, que estaban mayormente congregados en Jerusalén, los fariseos se hallaban presentes en todas las regiones de Judea y Galilea y en todas las colonias de la diáspora a lo largo y ancho del Imperio. Esto les serviría de base para la nueva etapa del pueblo elegido, cuando los romanos destruyesen su capital, unos cien años después. Entre los seguidores de Jesús se contarían algunos de ellos y el más destacado sería Saulo de Tarso, conocido por nosotros como san Pablo: “Si alguien cree que puede confiar en la carne, yo puedo hacerlo con mayor razón: circuncidado al octavo día; de la raza de Israel y de la tribu de Benjamín; hebreo, hijo de hebreos; en cuanto a la Ley, un fariseo; por el ardor de mi celo, perseguidor de la Iglesia; y en lo que se refiere a la justicia que procede de la Ley, de una conducta irreprochable. Pero todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia, lo tengo por pérdida, a causa de Cristo” (Fil 3,4-7).

Había en aquella época un tercer grupo o movimiento que podemos calificarlo de rupturista. Se trataba de los llamados “esenios” que abundaban sobre todo en un barrio de Jerusalén y algunos grupos radicalizados del mismo se habían trasladado a vivir al desierto en espera de un profeta o salvador. Se cree que este grupo nació también en la época de los Macabeos y cuando estos se quedaron con el sumo sacerdocio y el manejo del Templo, rompieron relaciones con la dirigencia religiosa nacional renunciando a toda participación en el mismo. Este grupo se puso muy de moda en los ambientes de estudio bíblico hace unos setenta años atrás cuando se descubrieron unas cavernas a orillas del mar Muerto en el lugar conocido como Qumran. Allí se hallaron copias de buena parte del AT y una serie de manuales para la vida comunitaria de estos grupos de “monjes o iluminados” que decían ser el verdadero Israel. Además, encarnaban en forma bien explícita lo que se llama “religiosidad apocalíptica”, sobre la que nos explayaremos largamente más adelante. No hay indicios de que ningún seguidor de Jesús, o él mismo, adhiriese a este movimiento, más allá de algunas coincidencias doctrinales y de las comunes críticas a los saduceos. Sin embargo, durante un tiempo se pensó que tal vez Juan el Bautista hubiese pertenecido de alguna manera a este grupo, pero la tendencia actual entre los especialistas es reconocer que no hay suficientes datos para asegurarlo con un mínimo de certeza: “así se presentó Juan el Bautista en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Toda la gente de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él, y se hacían bautizar en las aguas del Jordán, confesando sus pecados. Juan estaba vestido con una piel de camello y un cinturón de cuero, y se alimentaba con langostas y miel silvestre. Y predicaba, diciendo: «Detrás de mí vendrá el que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de ponerme a

sus pies para desatar la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo»” (Mc 1,4-8).

Pero la mayoría del pueblo, en realidad, no “militaba” en ninguno de estos partidos o grupos, sino que vivían su fe de acuerdo a las tradiciones familiares y sólo de vez en cuando entraban en contactos con aquellos, sobre todo, si peregrinaban a Jerusalén para alguna de las grandes fiestas. Señalemos entonces que el núcleo básico de la organización social judía del siglo I era lo que se suele llamar la “familia extensa patriarcal”. Dicho en otras palabras, la gente nacía, era educada, crecía y trabajaba en un clan y para el clan, cuya cabeza era el hombre mayor de la casa. El valor familiar principal es lo que se ha tratado de traducir como “honor”. Nunca había que dejar mal parada la imagen de la familia ni deshonrarla con la propia conducta personal. Cada uno, de acuerdo a su sexo y a su edad, sabía lo que se esperaba de él para la buena vida de la gran familia, formada por el pater familiae, la madre, los ancianos, los jóvenes varones presididos por el hermano mayor y las niñas que permanecían con ellos hasta los doce años. No tener la contención familiar era no tener un lugar en la sociedad y eso implicaba vivir en los márgenes de exclusión. Por eso siempre el NT destaca a los niños abandonados, las viudas, los ancianos solos, los enfermos o tullidos tirados en las calles, las prostitutas, etc.: “Tengan cuidado de los escribas, a quienes les gusta pasearse con largas vestiduras, ser saludados en las plazas y ocupar los primeros asientos en las sinagogas y en los banquetes; que devoran los bienes de las viudas y fingen hacer largas oraciones. Esos serán juzgados con más severidad” (Lc 20,46-47). Los niños no eran sujeto de derechos, pero los abandonados valían menos que los animales: “Le trajeron entonces a unos niños para que les impusiera las manos y orara sobre ellos. Los discípulos los reprendieron, pero Jesús les dijo: «Dejen a los niños y no les impidan que vengan a mí, porque el Reino de los Cielos pertenece a los que son como ellos». Y después de haberles impuesto las manos, se fue de allí” (Mt 19,13-15).

Merece un párrafo aparte la situación de la mujer en esa sociedad de estructura esencialmente machista. Hasta los doce años dependía totalmente de su padre, tanto así, que si este tenía grandes deudas podía vender a su hija por un buen precio. Por otro lado, cada niña que nacía traía la preocupación familiar por ir juntándole la dote necesaria para que, cuando llegara a los doce años, pudiera ser ofrecida en matrimonio. El casamiento tenía una primera fase llamada *quidushin*, que consistía en un año preparatorio, sin convivir juntos, al final del cual se hacía el *nissuin*, que era el matrimonio propiamente dicho con su larga fiesta de varios días de duración: “Este fue el origen de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José y, cuando todavía no habían vivido juntos, concibió un hijo por obra del Espíritu Santo” (Mt 1,18). Sin embargo, había devolución de la “mercadería” si no satisfacía las apetencias del varón. Según la legislación del momento, que tanto gustaban discutir los grandes maestros de la ley en aquella época, el varón podía repudiar tranquilamente a su mujer hasta por causas ridículas como la comida o cosas así. Por eso Jesús se opuso tanto al

divorcio, pues eso significaba dejar en la calle y en la vergüenza social total a las mujeres que no podían defenderse de ninguna forma: “Se acercaron a él algunos fariseos y, para ponerlo a prueba, le dijeron: «¿Es lícito al hombre divorciarse de su mujer por cualquier motivo?».” (Mt 19,3). Más aún, si el divorcio fallaba por alguna razón, bastaba una acusación de infidelidad y la mujer terminaba aplastada bajo una montaña de piedras gustosamente lanzadas, obviamente, por varones: “dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés, en la Ley, nos ordenó apedrear a esta clase de mujeres. Y tú, ¿qué dices?». Decían esto para ponerlo a prueba, a fin de poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, comenzó a escribir en el suelo con el dedo. Como insistían, se enderezó y les dijo: «El que no tenga pecado, que arroje la primera piedra». E inclinándose nuevamente, siguió escribiendo en el suelo. Al oír estas palabras, todos se retiraron, uno tras otro, comenzando por los más ancianos. Jesús quedó solo con la mujer, que permanecía allí, e incorporándose, le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?». Ella le respondió: «Nadie, Señor». «Yo tampoco te condeno, le dijo Jesús” (Jn 8,4-11).

Pero la sociedad no solo era machista y no valoraba a los niños y a los ancianos, sino que era bastante expulsiva y muy desigual en cuanto a la valoración social de las personas. Los enfermos penaban por su situación con una medicina todavía muy rudimentaria. No es fácil separar en la época la medicina, de la magia, de la religión y de la superstición. De hecho, había una división más o menos clara entre los enfermos, tullidos o que padecían males: aquellos de los que se sabía las causas, se los trataba justamente como enfermos; aquellos que de los que no se sabía por qué el individuo no sanaba o no podía manejar su conducta simplemente se los tachaba de “endemoniados”. Recordemos que las patologías autoinmunes, psíquicas, virales o neurológicas tenían causas fisiológicas e internas desconocidas por completo. Los “demonios” no eran seres propiamente dichos, sino personificaciones de males, energías o fuerzas de las cuales se desconocía su origen y por lo tanto su diagnóstico. La forma más fácil de tratarlos era como “endemoniados”, una manera un poco tosca de ponerle algún nombre al mal que los aquejaba¹². El ejemplo más patente de los evangelios era el caso de los epilépticos que al desconocerse su problema neurológico se los clasificaba como tales. Pero los “demonios” no eran lo mismo que el Diablo, Satanás, Lucifer, Belcebú o el nombre que se le diera a ese “ser maligno” orientado a la tentación de las conciencias y no a la generación de enfermedades. Por eso, los exorcismos de Jesús siempre estuvieron en la línea de la salud de la persona y nada tenían que ver con aquellas escenas espectaculares de la película *El Exorcista* que tanto nos impactara

¹² BRAILOVSKY, A. (1), pp. 73-74: presenta el pensamiento de Lucio Apuleyo, escritor romano del norte de África del siglo II d. C., que en su obra *El demonio de Sócrates* casi llega a identificar a las bacterias como demonios del aire, aun sin ninguna prueba científica que lo hubiera llevado a dicho descubrimiento. Por eso, el autor de este libro, ingeniosamente, lo nombra como “inventor de las bacterias” frente a Luis Pasteur que fue su verdadero “descubridor”.

en nuestra juventud. El mundo de los vicios que hacía perder la libertad en la conducta personal también estaba en esas listas, como el caso de los jugadores compulsivos o los avaros, que estaban poseídos por demonios: “Al día siguiente, cuando bajaron de la montaña, una multitud vino a su encuentro. De pronto, un hombre gritó: «Maestro, por favor, mira a mi hijo, el único que tengo. Cada tanto un espíritu se apodera de él y se pone a gritar; lo sacude con violencia y le hace echar espuma por la boca. A duras penas se aparta de él, dejándolo extenuado. Les pedí a tus discípulos que lo expulsaran, pero no pudieron». Jesús le respondió: «Generación incrédula y perversa, ¿hasta cuándo estaré con ustedes y tendré que soportarlos? Trae aquí a tu hijo». El niño se estaba acercando cuando el demonio lo arrojó al suelo y lo sacudió violentamente. Pero Jesús increpó al espíritu impuro, curó al niño y lo entregó a su padre. Todos estaban maravillados de la grandeza de Dios” (Lc 9,37-43).

Muchas veces se le unía un sufrimiento moral al corporal, fruto de una no muy buena interpretación antigua sobre las causas de las dolencias físicas¹³. Me refiero a la lectura religiosa y moral que se hacía de la enfermedad que sufría cada ser humano. Muchos creían que la gente se enfermaba, en realidad, por los pecados cometidos por la persona o por algún miembro de su familia. “Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?». «Ni él ni sus padres han pecado», respondió Jesús” (Jn 9,1-3a). Una especie de castigo divino en cuotas, sellado en la piel, para que todos lo vean¹⁴. Y justamente las enfermedades dermatológicas, llamadas genéricamente “lepra”, eran las tratadas con mayor dureza y exclusión, hasta colgarle una campanilla a cada leproso para que la gente supiera que no debía tocarlo ni acercársele. Aquí la casta sacerdotal y el Templo hacían de Ministerio de Salud Pública (una expresión más de su poder), y en una de sus salas se atendía a los enfermos curados que iban a buscar

¹³ MIQUEL PERICÁS, E. (1): “La posesión es una interpretación cultural de ciertos estados o conductas personales que, siendo incoherentes con lo que la sociedad espera del sujeto en la vida cotidiana, se atribuyen a la acción ejercida sobre él por algún espíritu. Esta acción puede limitar o impedir el funcionamiento adecuado de órganos y miembros del cuerpo, o puede forzar o promover determinados tipos de actitudes y comportamientos. En todos los casos lo que caracteriza a la posesión es que el sujeto no parece controlar plenamente su comportamiento y, por tanto, su entorno social no le puede hacer responsable de todo cuanto hace o dice, ni de las deficiencias en el cumplimiento de sus funciones sociales. El responsable de su falta de control y de las disrupciones que esta ocasiona en el funcionamiento normal de la sociedad es el espíritu que le posee”, pp. 46-47.

¹⁴ *Ibidem*: “Las posesiones negativas más frecuentes son las que producen sufrimientos físicos o psíquicos en quienes las padecen, cuando alteran de tal modo sus conductas que estos se vuelven incapaces de ejercer adecuadamente sus roles y funciones sociales. Las posesiones negativas pueden ser atribuidas a distintos orígenes espirituales. Es posible atribuir las a espíritus periféricos que actúan por maldad o por capricho poseyendo de forma indiscriminada a víctimas inocentes, pero también pueden tener su origen y razón de ser en la función retributiva de los espíritus centrales que deciden castigar a los infractores de la moral grupal con este tipo de posesiones”, p. 48.

el certificado de buena salud, purificarse y así ser readmitidos en la vida social: «Al entrar en un poblado, le salieron al encuentro diez leprosos, que se detuvieron a distancia y empezaron a gritarle: «¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!». Al verlos, Jesús les dijo: «Vayan a presentarse a los sacerdotes». Y en el camino quedaron purificados. Uno de ellos, al comprobar que estaba curado, volvió atrás alabando a Dios en voz alta y se arrojó a los pies de Jesús con el rostro en tierra, dándole gracias. Era un samaritano» (Lc 17,12-16).

El detalle final de la cita anterior me invita a contarte algo sobre esa parte del pueblo que habitaba en Samaría, la provincia ubicada al sur de Galilea y al norte de Judea, por donde tenían que pasar sí o sí los peregrinos si querían tomar el camino más corto hacia el templo de Jerusalén. Los samaritanos eran los más odiados y despreciados por los judíos de aquella época. Eran “cuasi judíos”, fruto del movimiento poblacional generado por los conquistadores asirios al final del siglo VIII a. C. (cfr. 2 Re 17) y otros posteriores. Ellos creían en la Torá y adoraban a Yahveh, pero no seguían todos los rituales y, sobre todo, tenían su propio templo en el monte Garizim, por lo menos, desde el siglo IV a. C. Por eso no participaban de los sacrificios del templo de Jerusalén y eran despreciados por toda su dirigencia. A nivel histórico están bien documentados los enfrentamientos permanentes, con épocas más calmas y épocas de alta tensión social. Durante el reinado de Herodes el Grande, que ya presentaremos mejor unos párrafos más adelante, la situación fue tan serena, que incluso habían sido autorizados a entrar en el templo de Jerusalén hasta el atrio de los gentiles (= la “gran explanada”). Pero a principios del siglo I, en torno al año 7 u 8 d. C., Flavio Josefo narra un desgraciado evento en el cual algunos samaritanos lo habían contaminado esparciendo huesos humanos durante una fiesta de Pascua en venganza por la destrucción de su propio templo a manos de los judíos más de cien años antes. A partir de ese momento la hostilidad fue permanente y es la que se respira en todos los evangelios: “Los judíos, en efecto, no se trataban con los samaritanos” (Jn 4,9); “envió mensajeros delante de él. Ellos partieron y entraron en un pueblo de Samaría para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron porque se dirigía a Jerusalén” (Lc 9,52-53)¹⁵.

Finalmente, también la dimensión laboral, no solo el lugar de nacimiento, el sexo o la edad, era causa de maltrato, exclusión e impureza. Había profesiones mal vistas y consideradas bajas moralmente, como era el caso de los marineros y de los pastores. Me sorprendió mucho esta información pues pensé que al haber sido la profesión del rey David... Pues no, eran considerados vagos y ladrones,

¹⁵ Es interesante notar que cuando se quiere agraviar a Jesús se le llama “endemoniado” y “samaritano” (cfr. Jn 8,48) e incluso, se lo acusa de “brujo o mago negro” al decir que está bajo las órdenes de Belcebú (cfr. Mc 3,22), “jefe de los demonios”, en realidad, “el padre de la mentira” (cfr. Jn 8,44 en el original griego dice “Diablo”), “el Maligno”, pasando del campo de la salud al campo de la ética y la moral. Esa ha sido siempre una estrategia del poder instalado, acusar al adversario de ser responsable de todos los males.

que merodeaban con sus animalitos tomando cosas ajenas habitualmente. Recién allí comprendí el atrevimiento de Lucas en su evangelio, al poner a los pastores como ¡los primeros testigos del nacimiento del Salvador!: “Y los pastores volvieron, alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, conforme al anuncio que habían recibido” (Lc 2,20). Pero otros eran despreciados por estar impuros por tocar la sangre, como los “carniceros” y los “médicos”. Otros por su mal olor como los talabarteros o su mal aspecto como los basureros. Otros por su inmoralidad como los jugadores y apostadores, los traficantes de bienes sagrados, etc. Más abajo solo quedaba todo el mundo de la esclavitud. Obviamente las prostitutas eran despreciadas totalmente por atentar contra todos los valores sociales y familiares aunque muchos acudían a sus servicios. A la par de estas, considerados como “pecadores públicos” en ambos casos, debemos colocar a los recaudadores de impuestos o “publicanos” de lo que ya hablaremos al exponer el duro sistema de impuestos de la época: “Jesús les dijo: «Les aseguro que los publicanos y las prostitutas llegan antes que ustedes al Reino de Dios»” (Mt 21,31b).

3. En torno al río

Pero para la Pascua, se hacía presente otro personaje: el tetrarca Herodes, “rey de Galilea y Perea”. Esto merece una pequeña explicación para comprender cómo podía existir un reyezuelo local cuando ya Palestina en su conjunto estaba bajo la bota militar, el cetro político y el control económico del Imperio romano (la AFIP del momento) desde hacía casi cien años. Muchas veces, cuando los romanos conquistaban un nuevo territorio, ponían un rey vasallo o aliado, que se encargara de hacer el trabajo sucio de pacificar a un pueblo que había sido recientemente abrumado por una derrota militar y que tendría que enfrentar una dura presión económica permanente en favor del Imperio. A su vez, la presencia de esa autoridad local muchas veces funcionaba como “colchón” político, social y militar, haciendo que absorbiera los más duros golpes, reservándose la autoridad imperial el recurso de intervenir solo cuando fuera estrictamente necesario. Un rey local siempre conocería mejor el “mundo subterráneo” de una sociedad completamente desconocida para el invasor.

Personalmente me costó comprender que hubo dos reyes Herodes, y justamente el más importante y del que todavía se habla permanentemente no es el que participó en el juicio de Jesús ni mató a Juan el Bautista. Una vez que Augusto terminó con los enfrentamientos internos con otros generales romanos (el famoso Marco Antonio, el de la egipcia Cleopatra, tan conocido por la obra de William Shakespeare y, más aún, por la película dirigida y protagonizada por Charlton Heston en los años setenta), confirmó en el poder de toda Palestina



a Herodes, llamado el Grande, por sus monumentales obras arquitectónicas: el puerto de Cesarea Marítima, la ciudad de Séforis, las construcciones en Maqueronte, Masada y Jericó, el acueducto para Jerusalén, sus murallas y, obviamente, la renovación total del templo que ya hemos comentado. De origen idumeo y clara formación helenista, nunca fue considerado propiamente judío por el pueblo, pero su creatividad constructiva compulsiva, su incentivo del comercio, el control sobre la familia sacerdotal, sus buenas relaciones con los romanos y, sobre todo, su extrema crueldad y brutalidad sin fronteras, hicieron de su reinado una marca registrada. Hizo ejecutar a su esposa, a toda la familia de su esposa, a varios de sus hijos e, incluso se cuenta, que para el momento de su muerte pensaba hacer morir con él a toda la clase dirigente del país a través de una gran “fiesta trampa”, que no llegó a ejecutarse. La matanza de los niños inocentes al momento de nacer Jesús probablemente sea una construcción literaria, pero

ciertamente tiene al menos, detrás, una manera de gobernar que no hubiera estado lejos de una posible decisión de tal magnitud. Fue rey de Idumea, Galilea, Samaría y Judea del 37 al 4 a. C. Jesús de Nazaret nació en los últimos años de su reinado: “Cuando nació Jesús, en Belén de Judea, bajo el reinado de Herodes [...]” (Mt 2,1a)¹⁶.

A su muerte, Roma dividió ese territorio entre sus hijos, que habían sido todos educados en la misma capital imperial a expensas de su padre, admirador de la cultura griega y de la organización romana. A veces la confusión aumenta pues se le antepone al nombre de cada hijo el nombre de su padre. Pero para lo que nos interesa basta saber que Filipo quedó a cargo de territorios al norte y al este del lago de Genesaret y prácticamente no se lo nombra en los evangelios. Arquelao quedó a cargo de Judea, Samaría e Idumea. Era un hombre ambicioso, violento y despótico, muy resistido por la dirigencia y por el pueblo. El evangelio se hace eco de aquellos recuerdos, mostrando el temor de José: “Pero al saber que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea” (Mt 2,22). Con ocasión de un censo en vistas a aumentar el cobro de impuestos, hubo un levantamiento popular sofocado por las tropas romanas de la vecina provincia de Siria. Arquelao fue depuesto ese mismo año 6 d. C. y su zona de influencia quedó bajo directo gobierno de Roma a través de un procurador imperial.

Mientras tanto, su medio hermano Herodes Antipas gobernaría en Galilea hasta el año de su muerte en el 39 d. C. justo en el momento en que, finalmente, había sido deportado a las Galias por el mismo emperador, es decir, casi 43 años en el poder. Hombre débil y adulator, traicionero y con gran manejo de los hilos políticos, supo quedarse en el mando haciendo de “soplón” del emperador de todo lo que pasaba en el Cercano Oriente. Tenía a su disposición un pequeño ejército armado y muchos seguidores activos encargados de hacer presión, buscar información, instalar temas y rumores entre la población, etc. Hoy los llamaríamos “operadores políticos” o “grupos de choque”: “Los fariseos salieron y se confabularon con los herodianos para buscar la forma de acabar con él” (Mc 3,6). Jesús, que lo llama “zorro” (cfr. Lc 13,32), vivió en Nazaret, provincia de Galilea durante su gobierno y murió en Jerusalén, provincia de Judea dirigida por el procurador romano Poncio Pilato. Pero Herodes estaba de visita en Jerusalén, como cada año, para la fiesta de Pascua y por eso aparece actuando en el

¹⁶ Tal vez sorprenda al lector que Jesús haya nacido en el 5 a. C., pero hoy es totalmente aceptada esa datación. El problema surgió con el autor del calendario cristiano, un monje del siglo VI, Dionisio el Exiguo, que al calcular las fechas de acuerdo a toda la información de la que disponía, entre distintos calendarios antiguos hasta datos históricos mezclados con leyendas, llegó a la conclusión que el año 1 de nuestra era, que sería el del nacimiento de Jesús, coincidía con el año 553 desde la fundación de Roma. Sencillamente se equivocó por algo más de cuatro años y hoy, con toda la información actualizada y el cómodo uso de las computadoras, sabemos cabalmente que Herodes el grande murió en el 4 a. C. y que para ese momento Jesús ya había nacido.

proceso de Jesús: “Y habiéndose asegurado de que pertenecía a la jurisdicción de Herodes, se lo envió. En esos días, también Herodes se encontraba en Jerusalén” (Lc 23,7). Sin embargo, este Herodes Antipas es más famoso aún, por el asesinato de Juan Bautista: “Mientras tanto, el tetrarca Herodes, a quien Juan censuraba a causa de Herodías –la mujer de su hermano– y por todos los delitos que había cometido, cometió uno más haciendo encarcelar a Juan” (Lc 3,19).

Merece la pena decir algo sobre este personaje que influyó mucho en la vida de Jesús y algo en las primeras comunidades cristianas. Así nos lo ubica un evangelio: “El año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio, cuando Poncio Pilato gobernaba la Judea, siendo Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, Dios dirigió su palabra a Juan, hijo de Zacarías, que estaba en el desierto. Este comenzó entonces a recorrer toda la región del río Jordán, anunciando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados” (Lc 3,3). Se trataba del año 28-29 d. C., en la zona en torno al río Jordán (que corre desde el Lago de Genesaret, en el norte, hasta el Mar Muerto, en el sur, por casi 100 km) más cercana a su desembocadura, no lejos de Jericó. Fue un profeta que se hizo rápidamente popular y su gesto de conversión era un baño en el río reconociéndose pecador y buscando una renovación, ambos aspectos inseparables para estar preparado a la pronta venida del “día del Señor”.

Juan no buscó ni armar un ejército de seguidores ni una nueva religión ni nada por el estilo. Él estaba convencido de la pronta llegada arrasadora de Yahveh. Su mensaje era claro y contundente y eso mismo hizo que se expandiera inmediatamente atrayendo gente de todas partes, pues él no se alejaba de la zona del Jordán. Entre sus denunciados estaba el rey Herodes Antipas que por quedarse con la esposa de un hermanastro suyo, repudió a su legítima esposa, hija del rey de los Nabateos, pueblo vecino hacia el este. Curiosamente su esposa huyó desde la fortaleza de Maqueronte y es allí donde fue ejecutado el profeta. Aretas rey de los Nabateos atacó y derrotó a Herodes Antipas que salvó la situación recién con la llegada de las tropas romanas. Para algunos amantes de los dramas novelescos, el saber que el tema del baile de la hija de Herodías, Salomé (cuyo nombre no aparece tampoco en el relato bíblico, como algunos creen; cfr. Mc 6,21-29), sea seguramente una composición del redactor evangélico, puede llevarlos a la desazón. Sin embargo, la muerte del profeta no fue tanto por cuestiones “artísticas” sino por “críticas políticas”. Así narra Josefo esos desgraciados eventos en uno de sus escritos:

“Pero algunos judíos creían que el ejército de Herodes fue destruido por Dios: realmente, en justo castigo de Dios para vengar lo que él había hecho a Juan, llamado el Bautista. Porque Herodes lo mató, aunque era un hombre bueno e invitaba a los judíos a participar del bautismo, con tal de que estuviesen cultivando la virtud y practicando la justicia entre ellos y la piedad con respecto a Dios. Pues así,

en opinión de Juan, el bautismo sería realmente aceptable, es decir, si lo empleaban para obtener, no perdón por algunos pecados, sino más bien la purificación de sus cuerpos, dado que sus almas ya habían sido purificadas por la justicia. Y cuando los otros se reunieron, como su excitación llegaba al punto de la fiebre al escuchar sus palabras, Herodes empezó a temer que la gran capacidad de Juan para persuadir a la gente podría conducir a algún tipo de revuelta, ya que ellos parecían susceptibles de hacer cualquier cosa que él aconsejase. Por eso decidió eliminar a Juan adelantándose a atacar antes de que él encendiese una rebelión. Herodes consideró esto mejor que esperar a que la situación cambiara y lamentarse cuando estuviera sumido en una crisis. Y así, a causa del recelo de Herodes, Juan fue llevado en cadenas a Maqueronte, la fortaleza de montaña antes mencionada; allí se le dio muerte. Pero los judíos opinaban que el ejército fue destruido para vengar a Juan, en el deseo de Dios de castigar a Herodes”.¹⁷

Jesús de Nazaret, seguramente se acercó al profeta del desierto y se hizo bautizar. No sabemos exactamente qué sentido le otorgó a ese ritual, pues en la tradición cristiana, el bautismo adquirió inmediatamente otro significado salvífico lejano del que predicaba Juan. Podemos incluso suponer que estuvo un tiempo con el Bautista y al parecer alguno de los primeros seguidores del nazareno inicialmente lo habían sido de Juan. Pero sin que transcurriera mucho tiempo, Jesús dejó el desierto, se dirigió a los poblados rurales de Galilea y comenzó a anunciar la próxima venida del Señor, pero en clave de misericordia, de perdón, de salvación y de “buena noticia” (= evangelio) para una nueva vida. Comenzaba así a predicar el “evangelio” del “reino de Dios” que sería el eje de toda su misión: “En aquellos días, Jesús llegó desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu Santo descendía sobre él como una paloma; y una voz desde el cielo dijo: «Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección». En seguida el Espíritu lo llevó al desierto, donde estuvo cuarenta días y fue tentado por Satanás. Vivía entre las fieras, y los ángeles lo servían. Después que Juan fue arrestado, Jesús se dirigió a Galilea. Allí proclamaba la Buena Noticia de Dios, diciendo: «El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia»” (Mc 1,9-15).

Pero Jesús de Nazaret ni vivía en Jerusalén, ni era miembro de ninguno de los grupos que hemos mencionado al comienzo, ni ejercía ninguna de esas profesiones. Jesús era uno más de lo más común y habitual del pueblo sencillo de Israel. Jesús era artesano y en algunos momentos, campesino. Jesús no vivía

¹⁷ FLAVIO JOSEFO (37 d. C. – 94 d. C.): *Antigüedades Judías*, XVIII, V, 2.

en las grandes ciudades como Jerusalén, Séforis o la recientemente construida por Herodes Antipas en honor del emperador Tiberio, “Tiberíades” a orillas del lago que finalmente tomaría ese nombre. Jesús vivía en un pequeño caserío de la baja Galilea llamado Nazaret dedicado a los cultivos extensivos de cereales, a la producción de algunas frutas y tal vez la cría de unos pocos animales domésticos. Formaba parte de una familia religiosa, pero cuya piedad era la normal, sin pertenecer a ninguna secta ni vivir ningún fanatismo religioso. Al parecer era carpintero o trabajador especializado en algunos materiales de construcción. Seguramente durante la cosecha, como era lo normal, se unía al resto de sus hermanos para recorrer los campos y llenar los canastos con espigas y frutas. Su lengua materna era el arameo con acento galileo aunque si, como se supone, salía a hacer trabajos temporales de construcción fuera del pueblo (por ejemplo a la ciudad cercana de Séforis en plena expansión), debía defenderse con el griego *koine* (= común), que era la lengua franca usada en casi todo el Imperio, especialmente en todo el Oriente. Conocemos los nombres de sus padres y de algunos de sus hermanos, aunque según antiguas tradiciones y sacando conclusiones de los datos evangélicos, su padre José podría haber muerto cuando aún era bastante joven dejando viuda a su madre María. Él, como hermano mayor, debería haberse hecho cargo de la conducción de su familia extensa: “Jesús salió de allí y se dirigió a su pueblo, seguido de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga, y la multitud que lo escuchaba estaba asombrada y decía: «¿De dónde saca todo esto? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada y esos grandes milagros que se realizan por sus manos? ¿No es acaso el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no viven aquí entre nosotros?». Y Jesús era para ellos un motivo de tropiezo. Por eso les dijo: «Un profeta es despreciado solamente en su pueblo, en su familia y en su casa»” (Mc 6,1-4).

Justamente allí estuvo el problema. Se había transformado, al decir de la gente, en un “profeta” dedicado a anunciar la Buena Noticia del Reino, el Evangelio. Pero había abandonado su clan, su familia, su tierra, su trabajo y por lo tanto, su honor. Se había ido al desierto a seguir a un zaparrastroso que finalmente terminaría con la cabeza separada del cuerpo. Se había juntado con mujeres indeseables, con enfermos y tullidos intocables, con todo lo pobre, bajo, impuro y despreciado de la sociedad. Leía las Sagradas Escrituras, eso implicaba que manejaba el hebreo, pero hablaba de Dios como el *Abba*, es decir, el papá/mamá que nos ama incondicionalmente a todos, sin hacer diferencias. Un Dios que no está en el “santo de los santos”, ese recinto sagrado y cerrado para todos los hombres al que solo entraba una vez al año el Sumo Sacerdote. Ni siquiera su lugar preferido era el templo o las sinagogas. El Dios que predicaba estaba en el hermano, sea hombre o mujer, esclavo o libre, judío o pagano (cfr. Gal 3,28). Y si tenía un lugar preferido, estaba en los pobres, excluidos y sufrientes. Los fariseos lo admiraban y lo criticaban a la vez. Los saduceos le temían y lo odiaban pues predicaba una religión de igualdad y de amor, inaceptable para su visión

teocrática generadora de importantes beneficios económicos. Los romanos lo seguían de lejos por temor a alguna revuelta que hubiera que sofocar de inmediato. Y como decía nuestro poeta Jorge Cafrune, “mientras los ricos bichan la puerta los pobres se van arrimando despacito”.

Sin embargo, retomando lo dicho al inicio del capítulo, al momento de analizar la muerte de Jesús las cosas no están tan claras. Habrá que preguntarse: ¿Cómo murió? ¿Quién lo mató? ¿Quién organizó e instigó su ejecución? Y también, ¿por qué Jesús arriesgó su vida hasta ser asesinado? De allí encararemos el segundo capítulo del libro centrado en cómo reaccionaron sus seguidores ante la pasión y muerte de su maestro. Pero no nos adelantemos, que para contestar a estas preguntas debemos ampliar aún más el foco y estudiar un poco a los romanos, que también hicieron lo suyo en todo eso.

4. En torno al trono imperial

Volvamos al jueves de la última semana de vida del profeta galileo. Jesús estaba cenando con sus discípulos, práctica que en él era tan habitual que, aún después de dos mil años, la seguimos llamando “última cena”, es decir, última de una multitud de cenas y comidas de Jesús. Ese dato no lo olvidarían fácilmente sus seguidores y sería uno de los ejes para escribir los evangelios. No se trataba de una cena pascual pues no coincidió ni con el día ni con la actitud que Jesús tenía con respecto a los sacrificios y al Templo. Sería muy extraño que el mismo hombre que acababa de patear las mesas de cambio y de echar a los vendedores de animalitos, fuera al día siguiente, cambiase moneda mansamente, eligiese un corderito y se lo llevase a los sacerdotes para que lo sacrificasen y así pudiera cumplir el ritual “mandado” y que él despreciaba. No hubo signos pascuales en la última cena pero el ambiente de la Pascua lo impregnaba todo, como era normal, y los discípulos usarían décadas después algunas categorías rituales y festivas para interpretar lo que sucedió a partir de esa cena: “«He deseado ardientemente comer esta Pascua con ustedes antes de mi Pasión, porque les aseguro que ya no la comeré más hasta que llegue a su pleno cumplimiento en el Reino de Dios». Y tomando una copa, dio gracias y dijo: «Tomen y compártanla entre ustedes. Porque les aseguro que desde ahora no beberé más del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios». Luego tomó el pan, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: «Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía». Después de la cena hizo lo mismo con la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza sellada con mi Sangre, que se derrama por ustedes»” (Lc 22,15-20).

Los hechos se precipitaron, como hemos escuchado tantas veces en la lectura de la Pasión que hacemos el domingo de Ramos y el Viernes Santo, y finalmente, luego de pasar por el Sanedrín, Jesús quedó solo ante el procurador

romano Poncio Pilato. Obviamente no hubo ni cámaras de video ni grabadores para registrar el diálogo entre los dos. Lo cierto es que el resultado final fue el mismo de siempre cuando un magistrado romano se hallaba frente a un revoltoso: la condena a muerte. En este caso, además, el acusado venía entregado por los magistrados de su propio pueblo, lo que simplificaba bastante las cosas, aunque hacía pensar que no era un caso típico. Por los informes que seguramente manejaba el gobernador romano, este hombre llamado profeta y maestro, proveniente de la Galilea, denunciaba todo el sistema social y económico, más que el político en sí. Hablaba contra la propiedad privada y motivaba a compartir los bienes. Afirmaba que todos éramos iguales, con los mismos derechos y dignidad frente al dios de los judíos y frente a la Ley. Eso lo hacía peligroso. Pero además tenía seguidores y gustaba a las masas, y eso era una alerta roja para cualquier autoridad imperial instalada en una provincia fronteriza. Incluso en torno a él se oían palabras duras para cualquier oído romano: “reino de Dios”, “Rey de los Judíos”, “descendiente del Rey David”... Lo mejor era eliminar la planta venenosa de raíz: “a Jesús, después de haberlo hecho azotar, lo entregó para que fuera crucificado” (Mc 15,15b).

Para comprender bien este hecho que para nosotros es capital para la historia de la humanidad, hay que enmarcarlo en las prácticas habituales de los romanos. Seguramente para el procurador Pilato se trató de una sentencia de muerte más, entre otras miles dictadas durante los diez años de gobierno de Judea entre el 26 y el 36 d. C. cuando fue depuesto. Este primer dato no habla mal de él, pues diez años de gobierno en una provincia romana de frontera indican un gobierno, al menos, sin demasiados sobresaltos ni conflictos. Por otra parte, a nadie se le ocultaba en la época, que estar a cargo de un pueblo tan particular como el judío era un desafío no menor. En este sentido, algún lector tal vez echó en falta la mención a un grupo judío que fue muy famoso: los zelotes. Efectivamente cuando leemos los evangelios aparece incluso alguno de los doce con ese sobrenombre, “Simón, llamado el zelote” (Lc 6,15), al menos en la lista que trae Lucas. También a Judas se lo asoció en algún momento con esa agrupación. Pero la realidad histórica, que también puede traer tristeza a los amantes de las novelas de espionaje, es que para la época en que vivió Jesús, este grupo aún no había nacido. Los “zelotes” fueron los revolucionarios armados en contra de Roma durante la primera Gran Revuelta Judía entre los años 66-73 d. C. Cuando los evangelistas trabajaban en la redacción de sus evangelios, los miembros de ese grupo se habían puesto de moda y los incorporaron en sus relatos como protagonistas durante la vida del nazareno, haciéndolos existir más de treinta años antes de lo que fue la realidad histórica. Eso es lo que se llama un “anacronismo”.

Es verdad que en el levantamiento que hemos mencionado con ocasión del censo del año 6 a. C. hubo grupos armados que fueron sofocados en sangre y alguno de ellos fue identificado, mucho después, como “padre de los zelotes”. Pero se trató más de una relación legendaria para dar realce a los nuevos jefes revolucionarios, que de hechos históricamente verificables. Sin embargo, no vaya

a creer el lector que todos los años de la vida de Jesús fueron tranquilos. Nada era muy tranquilo en aquel imperio naciente y menos en Palestina. De hecho, a muy poco de nacer, tal vez siendo Jesús un bebé, toda la zona se vio envuelta en levantamientos armados con ocasión de la muerte de Herodes el Grande que culminaron con la entrada de tropas desde la provincia vecina de Siria y la condena a muerte de miles de judíos crucificados a lo largo de los caminos como medida aleccionadora. A los romanos no les temblaba la mano al usar la cruz, una muerte terrible por asfixia generando una larguísima agonía, para luego dejar que las aves de rapiña carroñaran los cadáveres durante días en los casos de revuelta armada contra el Imperio. Su política era inflexible en este punto. Por eso siempre se ha dudado tanto de la verosimilitud de cierta pintura dialogante y casi contemporizadora que traen algunos de los evangelios sobre Poncio Pilato con respecto a Jesús, casi como queriendo liberarlo: “desde ese momento Pilato trataba de ponerlo en libertad” (Jn 19,12a)¹⁸. Para un magistrado romano esto sería ridículo, pues los dos pilares básicos, innegociables para el Imperio en sus provincias, eran: el tema económico, específicamente el cobro de impuestos, y mantener la seguridad, la paz y el orden al costo que fuera. Quienes atentaban contra la economía o contra el orden imperial, eran ejecutados inmediatamente, sobre todo cuando se trataba de no-ciudadanos romanos.

En el caso de Judea, desde ese año 6 d. C., se trataba de una provincia imperial regida por un procurador que habitualmente tenía su residencia en Cesarea Marítima, frente al mar Mediterráneo. Obviamente no era una de las provincias importantes llamadas “senatoriales”, que respondían directamente al Senado y tenían al frente un gobernador de alta alcurnia y con grandes títulos como “procónsules”. La mayoría de las ciudades de esas provincias tenían buen porcentaje de ciudadanos romanos y, en general, estaban ya debidamente pacificadas y organizadas. Había una segunda clase de provincias que tenían un gobernador de un rango intermedio y generalmente disponía de varias legiones del ejército, por tratarse de zonas fronterizas o estratégicamente importantes para la seguridad imperial. Respondían directamente al emperador y sus gobernantes, al ser también generales, eran llamados “propretores”. Era el caso de la provincia vecina de Siria con capital en Antioquía y ante quien tenía que recurrir el procurador de Judea en caso de necesitar tropas de grueso calibre. Como ya quedó dicho, en el caso de Judea, era una administración de tercera categoría, también dependiente del emperador, pero sin disponer de tropas demasiado importantes—solo auxiliares para mantener el orden interno—, gobernadas por un procurador, normalmente de clase media que quería hacer carrera política. Además de

¹⁸ En ese sentido, podría inscribirse la escena con Barrabás y el dejar suelto a un preso a pedido popular: no se encuentran por ninguna parte registros históricos de hechos similares en situaciones de revuelta armada contra Roma. Mateo, tan adepto a los rasgos novelescos y dramáticos, incorpora también dentro de ese contexto el personaje de la esposa de Pilato que intercede por Jesús a causa de un sueño que había tenido (cfr. Mt 27,19).

“procurador”, en alguna inscripción arqueológica se lo identifica a Pilato como “prefecto”. Sobre él se han tejido cuentos y leyendas y desde la perspectiva cristiana se lo ha tratado como santo, convertido al cristianismo y monje, hasta ser el símbolo del “no te metás” con el famoso lavatorio de las manos. A nivel histórico, solo sabemos que a su llegada a Roma el emperador que lo había mandado llamar, Tiberio, había muerto, y no se sabe nada más de su vida.

Qué se esperaba de un gobernador, sobre todo de las provincias fronterizas: justamente lo que ya hemos dicho, que mantuviera el orden y girara regularmente los impuestos a Roma. Por ejemplo, Pilato fue reprendido en una ocasión, por entrar con estandartes a Jerusalén durante una fiesta. Eso era abominable para la religión judía pues los estandartes tenían, normalmente, dibujos de animales. Trajo un gran escándalo que llegó incluso a oídos del emperador. Sin embargo, no sería justo dejar a este personaje solo con tintes negativos. Se dedicó con fuerza a terminar de organizar el tema de la provisión de agua de Jerusalén construyendo varias “piscinas” (en realidad tanques de agua desde los que se surtía a las cloacas y a los sistemas de provisión de agua corriente) y mejorando lo realizado en el acueducto por Herodes el Grande.

El tema de los impuestos merece un párrafo aparte, pues era de los más sensibles en los territorios ocupados y el que más sufrían las grandes masas pobres de la población. Tanto es así que se calcula que hasta el 50 % de los ingresos de cualquier familia de Palestina se dedicaba directamente al pago de los tributos. Los romanos cobraban dos tipos de impuestos: indirectos, que gravaban toda la actividad comercial y los directos, que gravaban a las personas y sus propiedades. Estos últimos los cobraban personalmente encargados del gobierno y se basaban en censos que se hacían cada cierto tiempo. Ya consignamos que al hacer provincia a Judea, Quirino gobernador de Siria fue encargado de realizar dicho censo y el dato, aunque mal ubicado cronológicamente, aparece en uno de los evangelios: “En aquella época apareció un decreto del emperador Augusto, ordenando que se realizara un censo en todo el mundo. Este primer censo tuvo lugar cuando Quirino gobernaba la Siria” (Lc 2,1-2). Pero encontró mucha resistencia, especialmente dirigida por un tal “Judas el Galileo” que fue ahogada en sangre: “Después de él, en la época del censo, apareció Judas de Galilea, que también arrastró mucha gente: igualmente murió, y todos sus partidarios se dispersaron” (Hch 5,37).

Pero los impuestos indirectos eran “tercerizados”, es decir, se hacía un cálculo de lo que podría llegar a cobrarse por la aduana provincial, las tasas municipales y cualquier compra o venta realizada en la plaza. Luego se lo licitaba a privados que debían pagar el total de la suma al ganarla. A partir de ese momento, el privado que se quedaba con el cobro de impuestos, por ejemplo, de toda una ciudad, armaba un ejército de cobradores de impuestos y expoliaba todo lo que podía a todos los habitantes. Cuanto más recaudara por encima de lo pagado a Roma más ganancias tenía para él. Como varios lectores de una obra anterior me han dicho que un ejemplo les sirvió mucho para entender el sistema, aquí lo reproduzco:

“Los romanos subastaban el impuesto anual que debía pagar una ciudad, pongamos por ejemplo, Jericó. Esa ciudad debía enviar al tesoro imperial 10 millones de pesos de acuerdo a su estatus, producción y población: se hacía cargo el señor Tributi de pagarlos y fijaba fecha de entrega con el Estado. A su vez él contrataba a 10 recaudadores y le vendía el derecho de cobro a 2 millones a cada uno, y estos se lo pagaban inmediatamente a cambio de una zona de la ciudad bajo su jurisdicción exclusiva. Cada uno de esos diez recaudadores tenía una tropa de empleados (o “gánsteres”) que iban a sueldo o a porcentaje juntando, por ejemplo, 3 millones cada uno. Es decir, los habitantes de la ciudad de Jericó que hubiesen tenido que pagar 10 millones, terminaban pagando 30, pues un tercio quedaba en el capitalista que había comprado los derechos y otro tercio entre los que hacían el trabajo concreto (y sucio) de expoliar a la gente laboriosa. Roma satisfecha por cobrar sus impuestos en tiempo y forma, la clase dirigente local satisfecha viviendo en sus grandes villas y protegidas por la presencia del ejército romano, los recaudadores satisfechos viviendo de los pagos extraídos por las buenas o por las malas hasta donde se pudiera: obviamente, el pueblo medio y bajo nada satisfecho, manteniendo de esta forma, a toda una élite extranjera y nacional que vivía del trabajo de la gente sencilla”.¹⁹

Estos personajes eran los famosos “publicanos” o cobradores de impuestos que, como ya mencionamos, eran considerados pecadores públicos, eran abusivos en todos los sentidos, trabajaban para los invasores romanos y le hacían el juego a la corrupta dirigencia local y nacional. Los que ganaban las licitaciones eran llamados “jefe de publicanos”: “Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Allí vivía un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos” (Lc 19,1-2). Las segundas líneas, los que hacían y organizaban los cobros en forma efectiva, simplemente “publicanos”: “Después Jesús salió y vio a un publicano llamado Leví, que estaba sentado junto a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció a Jesús un gran banquete en su casa. Había numerosos publicanos y otras personas que estaban a la mesa con ellos. Los fariseos y sus escribas murmuraban y decían a los discípulos de Jesús: «¿Por qué ustedes comen y beben con publicanos y pecadores?». Pero Jesús tomó la palabra y les dijo: «No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan»” (Lc 5,27-31).

Como ya hemos visto, la mayoría de las monedas circulantes de plata y bronce tenían dibujos de animales, dioses romanos o la cara del emperador. En el

¹⁹ DE AGUIRRE, X. (2), p. 81.

Templo funcionaba la casa de cambio por monedas aptas para el culto, que habían sido acuñadas en su mayoría por Herodes el Grande y algunas por Herodes Antipas. También el Templo cobraba un impuesto anual *per capita* y se aprovechaban las fiestas o la entrada a las ciudades para hacerlo efectivo. Aunque en un pasaje ridículo y medio caricaturesco, dicho impuesto aparece en los evangelios y se da a entender que tampoco gozaba de las simpatías de Jesús: “Al llegar a Cafarnaún, los cobradores del impuesto del Templo se acercaron a Pedro y le preguntaron: «¿El Maestro de ustedes no paga el impuesto?». «Sí, lo paga», respondió. Cuando Pedro llegó a la casa, Jesús se adelantó a preguntarle: «¿Qué te parece, Simón? ¿De quiénes perciben los impuestos y las tasas los reyes de la tierra, de sus hijos o de los extraños?». Y como Pedro respondió: «De los extraños», Jesús le dijo: «Eso quiere decir que los hijos están exentos. Sin embargo, para no escandalizar a esta gente, ve al lago, echa el anzuelo, toma el primer pez que salga y ábrele la boca. Encontrarás en ella una moneda de plata: tómala, y paga por mí y por ti»” (Mt 17,24-27). Para dar una idea de proporciones a los lectores, sabemos por Flavio Josefo que toda la tetarquía de Antipas giraba anualmente a Roma 200 talentos, es decir, dos millones de dracmas áticas de plata, mientras que la sola provincia de Judea enviaba 600 talentos, es decir, tres veces más. Eso da una idea de la fuerza económica que significaba el manejo y la posesión del templo de Jerusalén, si tenemos en cuenta que esa provincia era casi toda un desierto mientras que Galilea era una zona verde con una importante producción agrícola.

En todo sentido, el poder estaba en Jerusalén. Por eso el procurador romano se trasladaba a la capital; específicamente se instalaba en la llamada Torre Antoniana, pegada a las murallas del Templo, para las grandes fiestas. Era una manera de controlar la vida pública, mostrarse fuerte, evitar desmanes y hacerle saber a la dirigencia político-religiosa local quién mandaba realmente. Obviamente siempre se trasladaba con el grueso de la guarnición, que sin tratarse de legiones altamente entrenadas para la guerra, eran suficientes como para amedrentar cualquier atisbo de rebeldía. De hecho, la confirmación del cargo de “Sumo Sacerdote”, aunque su propuesta siempre perteneciera a la “gran familia asmonea”, correspondía al gobernador romano. En esas décadas la familia encumbrada fue la de Anás, que fue colocando en el poder, después de ejercerlo él mismo durante nueve años, obviamente, a cada uno de sus hijos o parientes directos. Es el caso de Caifás, Sumo Sacerdote en ejercicio durante 17 años, quien dirigió una especie de juicio y propuso la condena a muerte de Jesús. Eso explica que a veces se hable en plural de los “sumos sacerdotes”, pues aunque Caifás ejercía el cargo, la figura de Anás nunca dejó de estar allí, entre las sombras, manejando los hilos del poder teocrático: “El destacamento de soldados, con el tribuno y los guardias judíos, se apoderaron de Jesús y lo ataron. Lo llevaron primero ante Anás, porque era suegro de Caifás, Sumo Sacerdote aquel año. Caifás era el que había aconsejado a los judíos: «Es preferible que un solo hombre muera por el pueblo»” (Jn 18,12-14).

5. ¿En torno a un muerto?

Condenar a muerte era una de las prerrogativas de la autoridad imperial y por eso fue el procurador romano quien tuvo que haber firmado la sentencia. La flagelación era un acto brutal, y que no pocas veces, provocaba la muerte anticipada del reo, que se desangraba por las profundas heridas que producía el látigo romano terminado en púas metálicas que desgarraban literalmente la carne. Otros detalles como la corona de espinas, el manto púrpura, forman parte más bien de la puesta en escena del relator prevangélico que compendió los sucesos para ser narrados vivamente y en voz alta. De hecho, los reos acostumbraban a llevar el palo transversal de la cruz pues los mástiles ya estaban instalados en el lugar prestablecido para estas condenas públicas. El lugar del cráneo o Gólgota quedaba fuera de la ciudadela urbana pero no lejos del casco céntrico. Era normal que si los condenados eran azotados brutalmente, duraran poco colgados de los maderos, pues sus cuerpos llegaban deshidratados por completo y ante la falta de ingreso de oxígeno en los pulmones por su posición colgante, podían morir anticipadamente.

En este punto nos unimos al inicio del libro y volvemos a las preguntas que ya hemos compartido: ¿cómo es posible que un movimiento popular de bajísima organización, sin ningún poder social, militar y económico, surgido en poco tiempo en el “fin del mundo”, cuyo guía y maestro inspirador terminó colgado muriendo en una cruz como un animal, fuera el inicio de una fe, una espiritualidad y/o una religión con dos mil años de historia, y en la actualidad casi mil quinientos millones de personas que, de una u otra manera, se declaran seguidores del mismo? ¿Qué pasó para que un derrotado, un verdadero fracasado como Jesús el nazareno, se convirtiera en el modelo humano y ético por excelencia de prácticamente todo el mundo? ¿Cómo es posible que una religión milenaria y sabia como la judía confrontara tanto con él y sin embargo, muchos de sus primeros seguidores serían gente piadosa de su pueblo? ¿Cómo es posible que un Imperio en crecimiento, uno de los más imponentes de la historia humana, con gran organización militar, jurídica, económica y social, terminara corriendo a legitimar la nueva religión y hacerla “religión de Estado” para salvarse como Imperio, máxime después de haberla perseguido durante casi tres siglos?

Creo que es honesto y científicamente sano empezar respondiendo primero algunas preguntas en torno a la religión imperial y las religiosidades que circulaban por todo el Mediterráneo durante el siglo I d. C. ¿Con qué mundo religioso, con qué propuestas espirituales, con qué horizonte de sentido existencial se encontró la comunidad cristiana al nacer desde una cruz? ¿Por qué hizo tanto eco y generó tantas reacciones sin dejar indiferente a las mayorías? Intentemos armar un panorama de esa situación para la primera mitad del siglo I. Pero es importante aclarar que no haremos un juicio de valor sobre la veracidad o no de las distintas religiones ni una crítica a sus rituales desde el punto de vista moral o espiritual. Aquí la perspectiva es intentar captar cómo se sentía la gente de ese

tiempo con respecto al “para qué y por qué vivir”, dónde encontraba sentido a su existencia.

El Imperio romano tenía una “religión oficial” que iba de la mano de las vicisitudes del Estado. Roma veneraba a Júpiter, Juno y Minerva (cada uno con su paralelo griego, Zeus, Hera y Palas Atenea) y en las ciudades principales les levantaba templos de adoración y de celebraciones. El panteón se completaba con toda otra serie de dioses, cada uno con sus mitos y sus tragedias detrás. El culto era oficiado por sacerdotes y sirvientes costeados por el Estado imperial. El emperador, a su vez, fue adquiriendo nuevos títulos desde la creación del Imperio, como “pontífice máximo” de esa religión nacional que acompañaba normalmente a los ejércitos y a sus territorios conquistados. Finalmente, se identificó a la persona misma del emperador con una especie de encarnación divina generando un culto a su persona que tuvo distintos alcances en tiempos y lugares. De todas maneras, no parece que la gente haya llegado a creer verdaderamente que el emperador era un dios, sino que simplemente le reconocía como un halo divino, o una presencia especial en él de las deidades. De hecho, cuando había que asesinar a uno de ellos no había problemas religiosos ni de conciencia de por medio.

Esta religión estatal era respetada por el pueblo y promovida por su dirigencia, como una manera de brindar un soporte ideológico a la organización imperial y una serie de liturgias que le dieran realce a los hechos cívicos y militares. De hecho, luego esos jefes políticos y militares consultaban permanentemente a una banda de “arúspices” que leían las entrañas de las aves intentando determinar si los días eran “fastos o nefastos”, es decir, positivos o negativos, tanto para emprender un negocio, como para cosechar o comenzar una batalla. Casi como un juego de niños, esos grandes hombres escudriñaban el futuro con ansiedad para no quedar atrapados en situaciones insolubles, como tantas veces se narraba de sus dioses nacionales. Es que, en el fondo, todos los romanos creían en un destino fatal, en un sino marcado, un hado ya escrito, que hacía trágica la existencia y quitaba buena parte de la felicidad y la frescura en el caminar de la vida.

Esta religión oficial ya venía siendo criticada por los grandes filósofos griegos y luego por los pensadores romanos. Desde Sócrates en adelante, las distintas escuelas mostraban lo débil de todo el planteamiento del panteón, sea el griego o el romano, sobre todo señalando que esos dioses eran amorales, y no generaban una ética personal ni ciudadana, y mucho menos daban un sentido a la existencia. La filosofía y sus escuelas eran algo así como la punta más adelantada del mundo cuasirreligioso, que habían superado la imagen de los dioses y deidades de formas y pasiones humanas para sumergirse en el mundo de “la divinidad”, ya como una fuerza más abarcadora y menos voluble. El neoplatonismo de Plotino del siglo III d. C. influyó mucho en la teología cristiana, tanto en la Cristología como en la Antropología. El estoicismo y su búsqueda del “Bien”, influyó en las primeras propuestas morales orgánicas y en las listas de virtudes propugnadas por las comunidades cristianas, como ya puede rastrearse en los

escritos paulinos. El epicureísmo, con su propuesta de vida moderada y sencilla, fundada en la amistad a través de pequeños grupos, compitió con las comunidades cristianas en la búsqueda de adeptos. Finalmente, el cinismo, la forma más popular de la filosofía de aquellos tiempos, con su estilo de vida independiente y contracultural, crítica del sistema y tan desapegada de los bienes materiales, fue rápidamente asociado al profeta galileo y puede haber influido bastante en la espiritualidad de muchos seguidores suyos.

Mientras pensadores como Tito Livio y Horacio, aún con sus críticas, defendían la religión oficial, Cicerón ya había abierto las jóvenes mentes romanas a las nuevas filosofías helénicas en el siglo I a. C. Séneca el Joven se animó a decir que aquellos dioses y su culto se trataban simplemente de “supersticiones”. Suetonio, con su pintura descarada de los emperadores, tampoco aportaría demasiado a una imagen saludable de dicha religión. En el otro extremo de la sociedad romana, pero sobre todo en los medios rurales, las familias mantenían encendidas las llamas de una religiosidad mucho más simple pero vital. Era el culto a los antepasados, el respeto a las costumbres y virtudes de los mayores, la presencia protectora de las deidades familiares en los pequeños altares caseros con sus lares (= foculares) tradicionales transmitidos de generación en generación. Era una religiosidad cálida y cuidada por las familias extensas, esos pequeños clanes donde se nacía, se recibía educación, se aprendía a socializarse, se adquiría un trabajo, se asimilaban los valores esenciales de la vida. Entramado social y religión iban de la mano. Bien pintado está ese mundo en la película *Gladiator* donde se ve al protagonista guardar permanentemente con gran cariño y respeto unos “muñequitos”, que eran justamente sus “lares” y sus “manes”.

Pero con el Imperio, la vida de la mayoría de los romanos cambió. De las bucólicas campiñas itálicas comenzaron a migrar a las grandes urbes, viajes, mundo, nuevas tradiciones y en unas pocas décadas muchas de esas familias habían abandonado la vida rural. Y aunque suene extraño pensarlo así, la vida había tomado un ritmo que exigía cada vez más a los ciudadanos. Las escuelas se volvieron más exigentes y la incorporación de nuevos puntos de comercio exigió nueva creatividad y empeño en actividades que durante siglos no habían conocido prácticamente cambios. Los autores de la época, la correspondencia, los epitafios, hacen que hoy los historiadores hablen claramente de una crisis de sentido y una afanosa búsqueda religiosa que cubriera ese vacío a nivel personal. Eso, y el crecimiento de las comunicaciones imperiales, favorecieron el ingreso de los llamados cultos místicos y de las religiones orientales. Buena parte de la población urbana se volcó a la participación en ellas.

A estos cultos se los engloba con la expresión de “místicos” pues en todas esas manifestaciones religiosas se participaba por propia voluntad en ritos iniciáticos y a medida que se avanzaba, se profundizaba la identificación con la divinidad a la que se le rendía culto. En varias de ellas se realizaban sacrificios de animales, se danzaba frenéticamente, se utilizaban alucinógenos, se organizaban grandes festines y banquetes, y no faltaban los intercambios orgiásticos

y sexuales de todo tipo. En todas había momentos y lugares secretos en los que solo los iniciados podían participar. Destacaban entre ellos los cultos de Isis, de Mitra, de Sabazio, Atis y Cibeles, de Aura Mazda, Dionisos-Orfeo, etc.²⁰ Pero más allá de las diferencias de origen, rituales y procesos, todos promovían un alto protagonismo de la persona que encontraba respuestas a sus ansias de sentido y de eternidad, acompañadas de experiencias extáticas muy liminares y conmovedoras. Hago notar a los lectores, que en algunos aspectos pudo haber coincidencia con el cristianismo naciente que también tenía un rito iniciático para unos pocos (= bautismo), banquetes y comidas comunitarias (= cena comunitaria y eucaristía), proceso de formación (= catecumenado), días especiales de reunión (= los domingos al amanecer), etc. Por eso, varias veces se identificó al cristianismo con estos cultos venidos también “del Oriente”, y sobre la fe cristiana se dijeron disparates como promotora de los sacrificios de niños, el canibalismo, etc. En el libro de los Hechos encontramos una referencia a dichas religiones y a distintas escuelas filosóficas: “Incluso, algunos filósofos epicúreos y estoicos dialogaban con él. Algunos comentaban: «¿Qué estará diciendo este charlatán?», y otros: «Parece ser un predicador de divinidades extranjeras», porque Pablo anunciaba a Jesús y la resurrección. Entonces lo llevaron con ellos al Areópago y le dijeron: «¿Podríamos saber en qué consiste la nueva doctrina que tú enseñas? Las cosas que nos predicas nos parecen extrañas y quisiéramos saber qué significan»” (Hch 17,18-20).

Pero podríamos preguntarnos qué relación tenían esos cultos con la vida social, con la familia, las amistades, el trabajo: ¡Nada! Eran totalmente individuales y no generaban una ética social, ni familiar, ni ciudadana. Así, un mundo en el que los dos grandes espacios eran la familia y la participación política, no encontraba en esas religiones orientales tampoco la respuesta para integrar una vida con sentido. Recordemos que solo salían los jóvenes a las escuelas, las mujeres para alguna celebración o alguna compra, y solo los varones adultos participaban de las asambleas de la polis o tenían relaciones comerciales y sociales estables con las que se reunían con cierta periodicidad. Es verdad que no faltaban algunas cofradías en torno a festividades y deidades populares, pero

²⁰ No puedo dejar de recomendar al lector o lectora que visite en la ciudad de Roma un recorrido por el templo de san Clemente, no lejos de la Basílica de San Juan de Letrán. Ahora me han informado que se ha puesto más de moda, pero cuando tuve oportunidad de vivir en la ciudad eterna pocos la incluían en sus días romanos. Sin embargo, al entrar en el actual templo del siglo XII en seguida se descubre en el ábside un mosaico paleobizantino del siglo VI que no se corresponde con la fecha del templo. Te invitan a descender un piso y allí te hacen conocer la basílica de los siglos IV-VI donde estaba originalmente el mosaico. Sin embargo, la admiración, al menos para mí, es aún mayor cuando te hacen descender un piso más y podés caminar por calles de la Roma antigua, visitar alguna casa, ver correr el agua por un ramal de la Cloaca Máxima que pasa por allí y, finalmente, entrar a un salón donde se hacían cultos a Mitra en pleno siglo I: Pedro y Pablo deben haber andado por allí en sus paseos diarios transitando las veredas originales que podés pisar todo el tiempo en ese nivel.

no sobreabundaba la vida social. En este sentido, tampoco los ritos orientales vinieron a cubrir esa laguna.

Entre las religiones exóticas, solo una destacaba por tener una fuerte espiritualidad personal, tener ritos propios de las familias, y ritos a nivel nacional: el judaísmo. Esta religión se había expandido con las colonias judías de la diáspora, aunque en general no se hacía un verdadero proselitismo religioso. Obviamente no pasaban desapercibidos pues donde se instalaban, construían sinagogas para reunirse; se los oía hablar en una lengua extraña como el hebreo en las celebraciones; se los veía rezar a distintas horas del día; y eran muy exigentes con la comida. Tanto es así, que no se dejaban invitar a comer ni invitaban a nadie pues no podían ingerir la mayoría de los alimentos como se los vendía en los mercados por ser impuros. Sobre todo la carne, al no estar desangrada de forma total y muchas veces provenir de los sacrificios a los dioses, era totalmente descartada de la dieta judía. Se negaban a hacer el servicio militar pues no podían jurar fidelidad a otro dios y no podían seguir estandartes con figuras de animales o de seres humanos. Se destacaban en el comercio y en algunos oficios como las telas. Rápidamente habían conseguido algunas excepciones imperiales para poder asistir a su culto los días sábados sin ser molestados.

Mucha gente los admiraba y otros muchos los despreciaban y temían justamente por ser tan “diferentes”. Unos pocos se convertían totalmente al judaísmo, se hacían circuncidar y cumplían todas las obligaciones rituales, morales y colaboraban con el sostenimiento de la sinagoga local y del templo de Jerusalén. A estos se los llamaba “prosélitos” pero no eran muy numerosos: “Cuando se disolvió la asamblea, muchos judíos y prosélitos que adoraban a Dios siguieron a Pablo y a Bernabé. Estos conversaban con ellos, exhortándolos a permanecer fieles a la gracia de Dios” (Hch 13,43). Pero sí tenían muchos simpatizantes que, sin convertirse a la nueva religión, participaban de su ética, de la idea de un solo Dios, y a veces se los dejaba estar en las celebraciones sinagogales y en algunas festividades familiares y comunitarias. Eran el grupo de los “temerosos de Dios”. A decir verdad, muchos de los primeros convertidos al cristianismo vendrían de este grupo, cuya tierra espiritual ya había sido preparada para la siembra evangélica. Un caso conocido de conversión es el del centurión Cornelio y toda su familia en Cesarea: “Era un hombre piadoso y temeroso de Dios, lo mismo que toda su familia; hacía abundantes limosnas al pueblo y oraba a Dios sin cesar” (Hch 10,2); “Ellos respondieron: «El centurión Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, que goza de la estima de todos los judíos»” (Hch 10,22).

Un aporte interesante que han hecho los historiadores en las últimas décadas, es investigar todas las creencias que había en aquella época sobre una posible vida después de la muerte. Algo así como pintar el telón de fondo cultural y religioso sobre el cual el cristianismo naciente escribiría y explicitaría el mensaje esencial de su fe: “que Jesús había resucitado”. No quiero aquí complicar a los lectores, baste decir que en Egipto había una creencia en torno a Osiris y a Isis que hacía referencia a una vida después de la muerte y a comidas rituales de esos

personajes. En la Grecia clásica había héroes que morían y luego reaparecían con vidas transformadas. Entre los judíos de los dos últimos siglos antes de Cristo, con las guerras macabeas, también había aumentado la idea de la vida después de la muerte, sostenida por el partido fariseo y por algunos sectores apocalípticos. En resumen, la idea de algún tipo de existencia de ultratumba no era totalmente nueva. Sin embargo, la concreción en la resurrección de Cristo y con él, de toda la humanidad, sí que implicarían un salto esencial en la comprensión del tema²¹.

Con este apartado no hemos respondido a las preguntas antedichas, pero hemos creado un pequeño marco que nos permite interpretar mejor los siguientes capítulos en los que abordaremos cómo se fueron sucediendo los hechos y se fue pasando de una pequeña secta judía en Jerusalén a un movimiento religioso en expansión por el Imperio con características propias, para terminar gestando una inmensa red de comunidades que llamaremos, ya en pleno siglo II d. C., la “Gran Iglesia”, y será definitivamente identificada como la de los cristianos seguidores de Jesucristo. El último paso, ya en pleno siglo IV, será cuando sea declarada religión de Estado, en lugar de la antigua religión oficial romana, pero eso ya está demasiado lejos de los límites de este libro.

²¹ Cfr. PIÑERO, A. y GÓMEZ SEGURA, E. (4). Trae estudios detallados de las creencias egipcias, griegas y judías muy interesantes.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: JESÚS, LA SENCILLEZ DE LOS EVANGELIOS	5
I – JESÚS, el VIVIENTE	
1. En torno a una cruz	11
2. En torno al Templo	16
3. En torno al río	26
4. En torno al trono imperial.	32
5. ¿En torno a un muerto?.	39
II – TESTIGOS DEL NAZARENO	
1. ¿Resucitó?.	45
2. El <i>Kerygma</i> : “según las Escrituras...”	52
3. Los “pilares” de la Iglesia primitiva	59
4. Fracción del pan, bautismo y ministerios	77
5. La destrucción del “Templo”	89
III – REDACTORES DE EVANGELIOS	
1. La Gran Revuelta y un revuelto de tradiciones	97
2. Marcos y la tradición petrina	105
3. Mateo y la tradición jacobea	116
4. Lucas y la tradición paulina	121
5. Juan y la comunidad del discípulo amado.	126
6. Otros escritos del NT.	133
IV – SUCESOES DE LOS APÓSTOLES	
1. Los “buenos” emperadores	145
2. Últimas cartas del NT	148
3. Escuelas, sedes y autoridades	157
4. Los “apostólicos”.	161
5. Fuentes del “Jesús histórico”	172
V – CRISTIANOS ANTE UN IMPERIO	
1. Decadencia imperial y crecimiento literario	179
2. Comunidades cristianas antes de ser “gran Iglesia”	191
3. Cincuenta años del Concilio Vaticano II: ¿Iglesia o Reino?	205
4. Papa Francisco con “olor a oveja”.	212
5. “Volver a las fuentes” para transformar otro imperio	229
Conclusión: JESUÁNICOS Y COMUNITARIOS	241
Bibliografía y Fuentes	249